

Interpretación gráfica de  
ROMANCERO  
GITANØ

Y

PØETA  
EN NUEVA YORK

Federico García Lorca



GRABADOS REALIZADOS POR EL ALUMNADO DE LA ASIGNATURA  
GRABADO Y ESTAMPACIÓN GRADO EN BELLAS ARTES DE LA  
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA. CURSO 2023-2024



Este proyecto es resultado de la colaboración entre el Grupo de Innovación Educativa INNOVA22: *Grabado láser digital y su aplicación a la edición del libro ilustrado. Una experiencia inmersiva en la práctica profesional*, subvencionado por el Vicerrectorado de Personal Docente e Investigador, Servicio de Formación en Innovación y el Servicio de Publicaciones de la UMA; y el proyecto I + D del Plan Nacional *Aplicaciones artísticas de las tecnologías de corte láser digital a la producción de la obra gráfica contemporánea*

Noviembre de 2024 | Universidad de Málaga



UNIVERSIDAD  
DE MÁLAGA



*Interpretación gráfica de Romancero gitano y Poeta en Nueva York\**

Esta edición: 2024

Editora: Cristina Peláez Navarrete

Coordinadores de la imagen: Salvador Haro González (para *Romancero gitano*) e Inocente Soto Calzado (para *Poeta en Nueva York*)

Publicación digital: Uma Editorial

© de la imagen gráfica: sus autores

ISBN: 978-84-1335-377-7

Este proyecto es resultado de la colaboración entre el Grupo de Innovación Educativa INNOVA22: *Grabado láser digital y su aplicación a la edición del libro ilustrado. Una experiencia inmersiva en la práctica profesional*, subvencionado por el Vicerrectorado de Personal Docente e Investigador, Servicio de Formación en Innovación y el Servicio de Publicaciones de la UMA; y el proyecto I + D del Plan Nacional *Aplicaciones artísticas de las tecnologías de corte láser digital a la producción de la obra gráfica contemporánea*.

**Grupo de Innovación Educativa INNOVA22:**

Coordinadora:

Cristina Peláez Navarrete

Investigadores:

Salvador Haro González

Rocío Sacristán Cuadrón

Inocente Soto Calzado

Inmaculada Villagrán Arroyal

Antonio de Padua Cañete González

Francisco Javier Martín Galán

Daniel Zaragoza Torres

\* El texto de *Romancero gitano* ha sido recuperado de la edición de 1928 publicada por Revista de Occidente. El texto de *Poeta en Nueva York* ha sido recuperado de *Poeta en Nueva York. Primera edición del orifnal fijada y anotada por Andrew A. Anderson*, publicado en 2015 por Galaxia Gutenberg.



## ÍNDICE DE POEMAS

☪. ROMANCERO GITANO	11
1. Romance de la luna, luna .....	13
2. Preciosa y el aire .....	19
3. Reyerta .....	25
4. Romance sonámbulo .....	29
5. La monja gitana .....	35
6. La casada infiel .....	37
7. Romance de la pena negra .....	41
8. San Miguel .....	45
9. San Rafael .....	49
10. San Gabriel .....	53
11. Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla	58
12. Muerte de Antoñito el Camborio .....	63
13. Muerto de amor .....	67
14. Romance del emplazado .....	72
15. Romance de la Guardia Civil española .....	77
Tres romances históricos .....	84
16. Martirio de Santa Olalla .....	84
17. Burla de don Pedro a caballo .....	89
18. Thamar y Amnón .....	95



VI. POETA EN NUEVA YORK .....	103
I. Poemas de la soledad en Columbia University .....	105
<i>Vuelta de paseo</i> .....	106
<i>1910 (Intermedio)</i> .....	107
<i>Fábula y rueda de los tres amigos</i> .....	108
<i>Tu infancia en Menton</i> .....	111
II. Los negros .....	115
<i>Norma y paraíso de los negros</i> .....	116
<i>El rey de Harlem</i> .....	118
<i>Iglesia abandonada (Balada de la Gran Guerra)</i> .....	124
III. Calles y sueños .....	127
<i>Danza de la muerte</i> .....	128
<i>Paisaje de la multitud que vomita (Anochecer en Coney Island)</i> ....	132
<i>Paisaje de la multitud que orina (Nocturno de Battery Place)</i> ....	134
<i>Asesinato (Dos voces de madrugada en Riverside Drive)</i> .....	136
<i>Navidad en el Hudson</i> .....	137
<i>Ciudad sin sueño (Nocturno de Brooklyn Bridge)</i> .....	139
<i>Panorama ciego de Nueva York</i> .....	141
<i>Nacimiento de Cristo</i> .....	143
<i>La aurora</i> .....	144
IV. Poemas del lago Eden Mills .....	147
<i>Poema doble del lago Eden</i> .....	148
<i>Cielo vivo</i> .....	151
V. En la cabaña del farmer (Campo de Newburgh) .....	155
<i>El niño Stanton</i> .....	156
<i>Vaca</i> .....	159
<i>Niña ahogada en el pozo (Granada y Newburgh)</i> .....	160



VI. Introducción a la muerte	
(Poemas de la soledad en Vermont) .....	163
<i>Muerte</i> .....	164
<i>Nocturno del hueco</i>	
I .....	165
II .....	167
<i>Paisaje con dos tumbas y un perro asirio</i> .....	169
<i>Ruina</i> .....	170
<i>Amantes asesinados por una perdiz</i> .....	172
<i>Luna y panorama de los insectos (Poema de amor)</i> .....	176
VII. Vuelta a la ciudad .....	179
<i>New York (Oficina y denuncia)</i> .....	180
<i>Cementerio judío</i> .....	183
<i>Crucifixión</i> .....	186
VIII. Dos odas .....	189
<i>Grito hacia Roma (Desde la torre del Chrysler Building)</i> .....	190
<i>Oda a Walt Whitman</i> .....	193
IX. Huida de Nueva York	
(Dos vals hacia la civilización) .....	201
<i>Pequeño vals vienés</i> .....	202
<i>Vals en las ramas</i> .....	204
X. El poeta llega a La Habana .....	207
<i>Son de negros en Cuba</i> .....	208

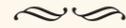


## ÍNDICE DE ILUSTRADORES

Arranz Avilés, Gloria. <i>Muerto de amor</i> .....	70	Lisbona Ruiz, Paula. <i>X El poeta llega a la Habana</i> .....	206
Alex Castro, José Enrique. <i>Romance de la luna, luna</i> .....	17	Lorenzale Pérez del Pulgar, María Hong. <i>II Los negros</i> .....	114
Álvarez Botella, Lidia. <i>Romance de la Guardia Civil española</i> .....	79	Maresco Giovaruscio, Sergi Rafael. <i>Thamar y Amnón</i> .....	99
Atencia Fernández, M <sup>a</sup> Isabel. <i>V En la cabaña del farmer</i> .....	154	Marqués Pedraza, Elena. <i>Muerte de Antoñito el Camborio</i> .....	62
Beltrán Arias, Yaylin. <i>La monja gitana</i> .....	34	Martínez Rodríguez, Laxman. <i>Romance de la luna, luna</i> .....	12
Bermejo Botello, María. <i>San Rafael</i> .....	51	Mesa Martín, María. <i>IV Poemas del lago Eden Mills</i> .....	146
Buitrón Jaime, Daniela. <i>San Miguel</i> .....	47	Mora Fdez., Candela. <i>Prendimiento de Antoñito el Camborio</i> ...	59
Cano Jiménez, Andrea. <i>Muerte de Antoñito el Camborio</i> .....	65	Moreno Sillero, Leo. <i>Burla de don Pedro a caballo</i> .....	90
Castro Bravo, Lidia Elena. <i>San Gabriel</i> .....	56	Navas González, Lucía. <i>Preciosa y el aire</i> .....	21
Cruz García, Saray. <i>Romance de la luna, luna</i> .....	15	Ripoll Espinosa, Carmen. <i>Romance de la pena negra</i> .....	42
Fernández Díaz, Eva. <i>Romance del emplazado</i> .....	73	Sánchez Ruiz, Max. <i>La casada infiel</i> .....	38
Gallego García, Paola. <i>Reyerta</i> .....	27	Santos Cortés, Salvador. <i>Reyerta</i> .....	24
Gálvez Clavijo, Fernando. <i>Martirio de Santa Olalla</i> .....	85	Villodres Martín, Auxiliadora del Carmen. <i>IX Huida de Nueva York</i> .....	200
Gil Gómez, Martín. <i>VI Introducción a la muerte</i> .....	162		
Guerra Caraver, M <sup>a</sup> del Rocío. <i>III Calles y sueños</i> .....	126		
Hidalgo Calderón, Sonia. <i>Muerto de amor</i> .....	68		
Jaramillo Valencia, Nataly. <i>Preciosa y el aire</i> .....	18		
Jiménez Martín, Celia. <i>Thamar y Amnón</i> .....	96		
Liefmann Rubiano, Sara. <i>Romance sonámbulo</i> .....	30		

ROMANCERO  
GITANO





PA

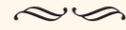
Luzma



I  
ROMANCE DE LA  
LUNA, LUNA

*A Conchita García Lorca*

La luna vino a la fragua  
con su polisón de nardos.  
El niño la mira, mira.  
El niño la está mirando.  
En el aire conmovido  
mueve la luna sus brazos  
y enseña, lúbrica y pura,  
sus senos de duro estaño.  
—Huye luna, luna, luna.  
Si vinieran los gitanos,  
harían con tu corazón



collares y anillos blancos.  
—Niño, déjame que baile.  
Cuando vengan los gitanos,  
te encontrarán sobre el yunque  
con los ojillos cerrados.

—Huye luna, luna, luna,  
que ya siento sus caballos.  
—Niño, déjame, no pises  
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba  
tocando el tambor del llano.  
Dentro de la fragua el niño  
tiene los ojos cerrados.



3/3

Saray Guz Garcia 2023



Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.  
Las cabezas levantadas  
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,  
¡ay, cómo canta en el árbol!  
Por el cielo va la luna  
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran  
dando gritos, los gitanos.  
El aire la vela, vela.  
El aire la está velando.



P/A

José Enrique Alés Castro



P/A

Nataly Jaramullo



2

PRECIOSA  
Y EL AIRE

*A Dámaso Alonso*

Su luna de pergamino  
Preciosa tocando viene  
por un anfibio sendero  
de cristales y laureles.  
El silencio sin estrellas,  
huyendo del sonsonete,  
cae donde el mar bate y canta  
su noche llena de peces.  
En los picos de la sierra  
los carabineros duermen  
guardando las blancas torres  
donde viven los ingleses.  
Y los gitanos del agua  
levantan por distraerse  
glorietas de caracolas  
y ramas de pino verde.



Su luna de pergamino  
Preciosa tocando viene.  
Al verla se ha levantado  
el viento que nunca duerme.  
San Cristobalón desnudo,  
lleno de lenguas celestes,  
mira a la niña tocando  
una dulce gaita ausente.

Niña, deja que levante  
tu vestido para verte.  
Abre en mis dedos antiguos  
la rosa azul de tu vientre.

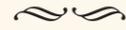
Preciosa tira el pandero  
y corre sin detenerse.  
El viento-hombrón la persigue  
con una espada caliente.

Frunce su rumor el mar.  
Los olivos palidecen.



P/A 11

Lucía Nauas



Cantan las flautas de umbría  
y el liso gong de la nieve.

¡Preciosa, corre, Preciosa,  
que te coge el viento verde!  
¡Preciosa, corre, Preciosa!  
¡Míralo por dónde viene!  
Sátiro de estrellas bajas  
con sus lenguas relucientes.

Preciosa, llena de miedo,  
entra en la casa que tiene,  
más arriba de los pinos,  
el cónsul de los ingleses.

Asustados por los gritos  
tres carabineros vienen,  
sus negras capas ceñidas  
y los gorros en las sienas.



El inglés da a la gitana  
un vaso de tibia leche,  
y una copa de ginebra  
que Preciosa no se bebe.

Y mientras cuenta, llorando,  
su aventura a aquella gente,  
en las tejas de pizarra  
el viento, furioso, muerde.





P/A

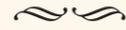
Salvador Santos



3  
REYERTA

*A Rafael Méndez*

En la mitad del barranco  
las navajas de Albacete,  
bellas de sangre contraria,  
relucen como los peces.  
Una dura luz de naípe  
recorta en el agrio verde  
caballos enfurecidos  
y perfiles de jinetes.  
En la copa de un olivo  
lloran dos viejas mujeres.  
El toro de la reyerta  
se sube por las paredes.  
Angeles negros traían  
pañuelos de agua y de nieve.  
Angeles con grandes alas  
de navajas de Albacete.  
Juan Antonio el de Montilla  
rueda muerto la pendiente,



su cuerpo lleno de lirios  
y una granada en las sienes.  
Ahora monta cruz de fuego,  
carretera de la muerte.

El juez, con guardia civil,  
por los olivares viene.  
Sangre resbalada gime  
muda canción de serpiente.  
—Señores guardias civiles:  
aquí paso lo de siempre.  
Han muerto cuatro romanos  
y cinco cartagineses.

La tarde loca de higueras  
y de rumores calientes  
cae desmayada en los muslos  
heridos de los jinetes.  
Y ángeles negros volaban  
por el aire de poniente.  
Angeles de largas trenzas



2/3

Paola Gallego García



y corazones de aceite.  
Verde que te quiero verde.  
verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre el mar  
y el caballo en la montaña.  
Con la sombra en la cintura  
ella sueña en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Verde que te quiero verde.  
Bajo la luna gitana,  
las cosas la están mirando  
y ella no puede mirarlas.



4  
ROMANCE SONÁNBULO

*A Gloria Giner  
Y a Fernando de los Ríos*

Verde que te quiero verde.  
Grandes estrellas de escarcha  
vienen con el pez de sombra  
que abre e camino del alba.  
La higiene frota su viento  
con lija de sus ramas,  
y el monte, el gato garduño,  
eriza sus pitas agrias.  
Pero ¿quién vendrá? ¿Y por donde?..  
Ella sigue en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
soñando en la mar amarga.  
Compadre, quiero cambiar  
mi caballo por su casa,  
mi montura por su espejo,  
mi cuchillo por su manta.  
Compadre, vengo sangrando,  
desde los puertos de Cabra.



P/A V

Sara  
Liefman



—Si yo pudiera, mocito,  
este trato se cerraba.  
Pero yo ya no soy yo.  
ni mi casa es ya mi casa.  
Compadre, quiero morir  
decentemente en mi cama.  
De acero, si puede ser,  
con las sábanas de holanda.  
¿No ves la herida que tengo  
desde el pecho a la garganta?  
Trescientas rosas morenas  
lleva tu pechera blanca.  
Tu sangre rezuma y huele  
alrededor de tu faja.  
Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Dejadme subir al menos  
hasta las altas barandas;  
¡dejadme subir!, dejadme,  
hasta las verdes barandas.  
Barandales de la luna  
por donde retumba el agua.



Ya suben los dos compadres  
hacia las altas barandas.  
Dejando un rastro de sangre.  
Dejando un rastro de lágrimas.  
Temblando en los tejados  
farolillos de hojalata.  
Mil panderos de cristal  
herían la madrugada.

Verde que te quiero verde,  
verde viento verde ramas.  
Los dos compadres subieron.  
El largo viento dejaba  
en la boca de un raro gusto  
de hiel, y de menta y de albahaca.  
¡Compadre! ¿Dónde está, dime,  
dónde está tu niña amarga?  
¡Cuántas veces te esperó!  
¿Cuántas veces te esperara,  
cara fresca, negro pelo,  
en esta verde baranda!



Sobre el rostro del aljibe  
se mecía la gitana.  
Verde carne, pelo verde,  
con los ojos de fría plata.  
Un carambano de luna  
la sostiene sobre el agua.  
La noche se puso íntima  
como una pequeña plaza.  
Guardias civiles, borrachos  
en la puerta golpeaban.  
Verde que te quiero verde.  
Verde viento, verdes ramas.  
El barco sobre el mar.  
Y el caballo en la montaña.

Silencio de cal y mirto.  
Malvas en las hierbas finas.





PA

Verde que te quiero verde

Yailo Beltrán



5  
LA MONJA GITANA

*A José Moreno Villa*

La monja borda alhelíes  
sobre una tela pajiza.  
Vuelan en la araña gris  
siete pájaros del prisma.  
La iglesia gruñe a lo lejos  
como un oso panza arriba.  
¡Qué bien borda! ¡Con qué gracia!  
Sobre la tela pajiza  
ella quisiera bordar  
flores de su fantasía.  
¡Qué girasol! ¡Qué magnolia  
de lentejuelas y cintas!  
¡Qué azafranes y qué lunas,  
en el mantel de la misa!  
Cinco toronjas se endulzan  
en la cercana cocina.  
Las cinco llagas de Cristo  
cortadas en Almería.



Por los ojos de la monja  
galopan dos caballistas.  
Un rumor último y sordo  
le despega la camisa,  
y, al mirar nubes y montes  
en las yertas lejanías,  
se quiebra su corazón  
de azúcar y yerbaluisa.  
¡Oh, qué llanura empinada  
con veinte soles arriba!  
¡Qué ríos puestos de pie  
vislumbra su fantasía!  
Pero sigue con sus flores,  
mientras que de pie, en la brisa,  
la luz juega el ajedrez  
alto de la celosía.



6

LA CASADA INFIEL

*A Lydia Cabrera  
y a su negrita*

Y que yo me la llevé al río  
creyendo que era mozuela,  
pero tenía marido.  
Fue la noche de Santiago  
y casi por compromiso.  
Se apagaron los faroles  
y se encendieron los grillos.  
En las últimas esquinas  
toqué sus pechos dormidos,  
y se me abrieron de pronto  
como ramos de jacintos.  
El almidón de su enagua  
me sonaba en el oído  
como una pieza de seda  
rasgada por diez cuchillos.  
Sin luz de plata en sus cepas  
los árboles han crecido,  
y un horizonte de perros  
ladra muy lejos del río.



P/A

14



Pasadas las zarzadoras,  
los juncos y los espinos,  
bajo su mata de pelo  
hice un hoyo sobre el limo.  
Yo me quite la corbata.  
Ella se quitó el vestido.  
Yo el cinturón con revólver.  
Ella sus cuatro corpiños.  
Ni nardos ni caracolas  
tienen el cutis tan fino,  
ni los cristales con luna  
relumbran con ese brillo.  
Sus muslos se me escapan  
como peces sorprendidos,  
la mitad llenos de lumbre,  
la mitad llenos de frío.



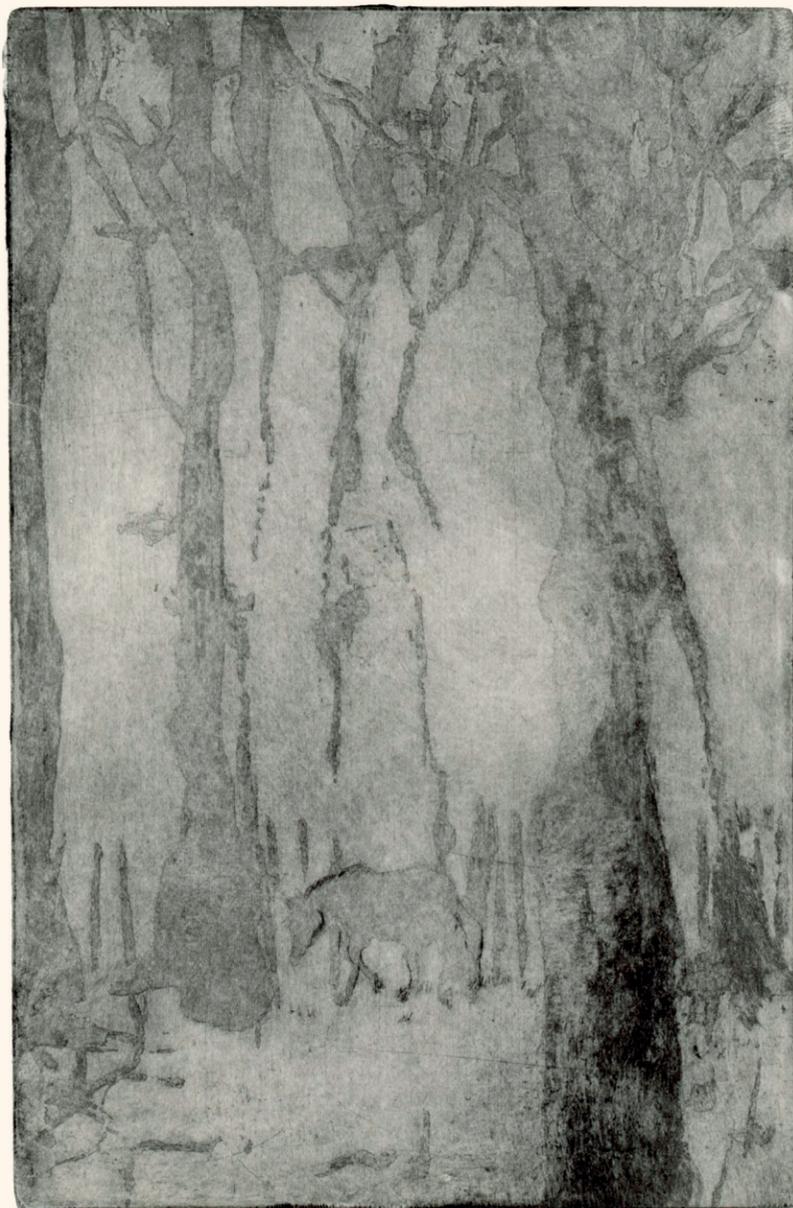
Aquella noche corrí  
el mejor de los caminos,  
montando en potra de nácar  
sin bridas y sin estribos.  
No quiero decir, por hombre,  
las cosas que ella me dijo.  
La luz del entendimiento  
me hace ser muy comedido.  
Sucia de besos y arena,  
yo me la levé al río.  
Con el aire se batían  
las espaldas de los lirios.  
Me porté como quien soy.  
Como un gitano legítimo.  
Le regalé un costurero grande,  
de raso pajizo,  
y no quise enamorarme  
porque teniendo marido  
me dijo que era mozueta  
cuando la llevaba al río.



7  
ROMANCE  
DE LA PENA NEGRA

*A José Navarro Pardo*

Las piquetas de los gallos  
cavan buscando la aurora,  
cuando por el monte oscuro  
baja Soledad Montoya.  
Cobre amarillo, su carne  
huele a caballo y a sombra.  
Yunques ahumados sus pechos,  
gimen canciones redondas.  
Soledad, ¿Por quien preguntas  
sin compañía y a estas horas?  
Pregunte por quien pregunte,  
dime: ¿a ti qué se te importa?  
Vengo a buscar lo que busco,  
mi alegría y mi persona.  
Soledad de mis pesares,  
caballo que se desboca  
al fin encuentra la mar  
y se lo tragan las olas.



P/A

Ripoll



No me recuerdes el mar  
que la pena negra brota  
en las tierras de la aceituna  
bajo el rumor de las hojas.  
¡Soledad, qué pena tienes!  
¡Qué pena tan lastimosa!  
Lloras zumo de limón  
agrio de espera y de boca.  
¡Qué pena tan grande!  
Corro mi casa como una loca,  
mis dos trenzas por el suelo,  
de la cocina a la alcoba.  
¡Qué pena! Me estoy poniendo  
de azabache carne y roja.  
¡Ay, mis camisas de hilo!  
¡Ay, mis muslos de amapola!  
-Soledad, lava tu cuerpo con agua  
de alondras, y deja tu corazón  
en paz, Soledad Montoya.



Por abajo canta el río:  
volante de cielo y hojas.  
Con flores de calabaza  
la nueva luz se corona.  
¡Oh pena de los gitanos!  
Pena limpia y siempre sola.  
¡Oh pena de cauce oculto  
y madrugada remota!



8  
SAN MIGUEL  
(GRANADA)

*A Diego Buigas de Dalmáu*

Se ven desde las barandas,  
por el monte, monte, monte,  
mulos y sombras de mulos  
cargados de girasoles.

Sus ojos en las umbrías  
se empañan de inmensa noche.  
En los recodos del aire,  
cruje la aurora salobre.

Un cielo de mulos blancos  
cierra sus ojos de azogue  
dando a la quieta penumbra  
un final de corazones.  
Y el agua se pone fría  
para que nadie la toque.  
Agua loca y descubierta  
por el monte, monte, monte.



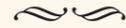
San Miguel lleno de encajes  
 en la alcoba de su torre,  
 enseña sus bellos muslos  
 ceñidos por los faroles.  
 Arcángel domesticado  
 en el gesto de las doce,  
 finge una cólera dulce  
 de plumas y ruisseños.  
 San Miguel canta en los  
 vidrios;  
 efebo de tres mil noches,  
 fragante de agua colonia  
 y lejano de las flores.

El mar baila por la playa,  
 un poema de balcones.  
 Las orillas de la luna  
 pierden juncos, ganan voces.  
 Vienen manolas comiendo  
 semillas de girasoles,  
 los culos grandes y ocultos



P/A

D. Buitrón



como planetas de cobre.  
Vienen altos caballeros  
y damas de triste porte,  
morenas por la nostalgia  
de un ayer de ruiseñores.  
Y el obispo de Manila,  
ciego de azafrán y pobre,  
dice misa con dos filos  
para mujeres y hombres.

San Miguel se estaba quieto  
en la alcoba de su torre,  
con las enaguas cuajadas  
de espejitos y entredoses.

San Miguel, rey de los globos  
y de los números nones,  
en el primor berberisco  
de gritos y miradores.



9  
SAN RAFAEL  
(CÓRDOBA)

*A Juan Izquierdo Croselles*

I

Coches cerrados llegaban  
a las villas de juncos  
donde las ondas alisan  
romano torso desnudo.  
Coches, que el Guadalquivir  
tiende en su cristal maduro,  
entre láminas de flores  
y resonancia de nublós.  
Los niños tejen y cantan  
el desengaño del mundo,  
cerca de los viejos coches  
perdidos en el nocturno.  
Pero Córdoba no tiembla  
bajo el misterio confuso,  
pues si la sombra levanta  
la arquitectura del humo,



un pie de mármol afirma  
su casto fulgor enjuto.

Pétalos de lata débil  
recaman los grises puros  
de la brisa, desplegada  
sobre los arcos de triunfo.  
Y mientras el puente sopla  
diez rumores de Neptuno,  
vendedores de tabaco  
huyen por el roto muro.

II

Un solo pez en el agua  
que a las dos Córdobas junta:  
Blanca Córdoba de juncos.  
Córdoba de arquitectura.  
Niños de cara impasible  
en la villa se desnudan,  
aprendices de Tobías



P.A.

H. Benigno



y Merlines de cintura,  
para fastidiar al pez  
en irónica pregunta  
si quiere flores de vino  
o saltos de media luna.  
Pero el pez, que dora el agua  
y los mármoles enluta,  
les da lección y equilibrio  
de solitaria columna.  
El Arcángel aljamiado  
de lentejuelas oscuras,  
en el mitin de las ondas  
buscaba rumor y cuna.

Un solo pez en el agua.  
Dos Córdoba de hermosura.  
Córdoba quebrada en chorros.  
Celeste Córdoba enjuta.



IO  
SAN GABRIEL  
(SEVILLA)

I

Un bello niño de junco,  
anchos hombros, fino talle  
piel de nocturna manzana,  
boca triste y ojos grandes,  
nervio de plata caliente,  
ronda la desierta calle.  
Sus zapatos de charol  
rompen las dalias del aire,  
con los dos ritmos que cantan  
breves lutos celestiales.  
En la ribera del mar  
no hay palma que se le iguale,  
ni emperador coronado  
ni lucero caminante.  
Cuando la cabeza inclina  
sobre su pecho de jaspe,



la noche busca llanuras  
porque quiere arrodillarse.  
Las guitarras suenan solas  
para San Gabriel Arcángel,  
domador de palomillas  
y enemigo de los sauces.  
San Gabriel: El niño llora  
en el vientre de su madre.  
No olvides que los gitanos  
te regalaron el traje.

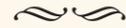
II

Anunciación de los Reyes,  
bien lunada y mal vestida,  
abre la puerta al lucero  
que por la calle venía.  
El Arcángel San Gabriel,  
entre azucena y sonrisa,  
bisnieto de la Giralda,  
se acercaba de visita.



En su chaleco bordado  
grillos ocultos palpitan.  
Las estrellas de la noche  
se volvieron campanillas.  
San Gabriel: Aquí me tienes  
con tres clavos de alegría.  
Tu fulgor abre jazmines  
sobre mi cara encendida.  
Dios te salve, Anunciación.  
Morena de maravilla.  
Tendrás un niño más bello  
que los tallos de la brisa.  
¡Ay San Gabriel de mis ojos!  
¡Gabrielillo de mi vida!  
Para sentarte yo sueño  
un sillón de clavelinas.

Dios te salve, Anunciación,  
bien lunada y mal vestida.  
Tu niño tendrá en el pecho  
un lunar y tres heridas.



P/A

LIDIA ELENA CASTRO BRAVO



¡Ay, San Gabriel que reluces!  
¡Gabrielillo de mi vida!  
En el fondo de mis pechos  
ya nace la leche tibia.  
Dios te salve, Anunciación.  
Madre de cien dinastías.  
Áridos lucen tus ojos,  
paisajes de caballista.

El niño canta en el seno  
de Anunciación sorprendida.  
Tres balas de almendra  
verde tiemblan en su vocecita.  
Ya San Gabriel en el aire  
por una escala subía.  
Las estrellas de la noche  
se volvieron siemprevivas.

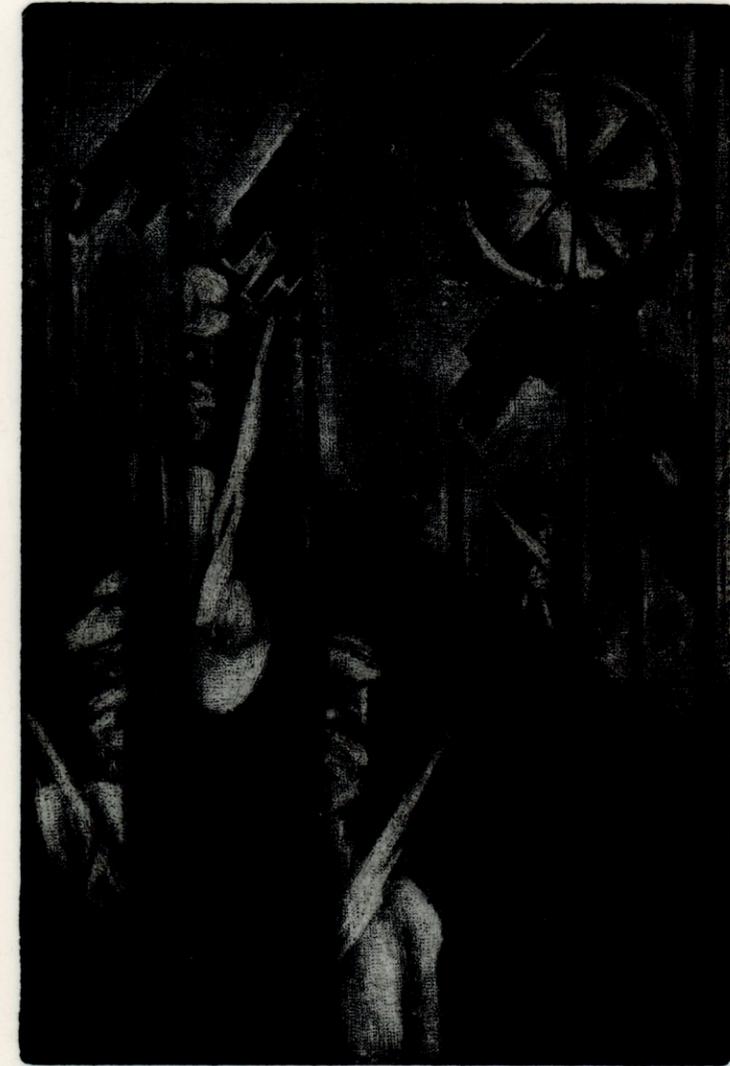




I I  
PRENDIMIENTO DE ANTOÑITO EL CAMBORIO  
EN EL CAMINO DE SEVILLA

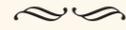
*A Margarita Xirgu*

Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
con una vara de mimbre  
va a Sevilla a ver los toros.  
Moreno de verde luna  
anda despacio y garboso.  
Sus empavonados bucles  
le brillan entre los ojos.  
A la mitad del camino  
cortó limones redondos,  
y los fue tirando al agua  
hasta que la puso de oro.  
Y a la mitad del camino,  
bajo las ramas de un olmo,  
guardia civil caminera  
lo llevó codo con codo.



PA

CANDELA MORA FERNÁNDEZ



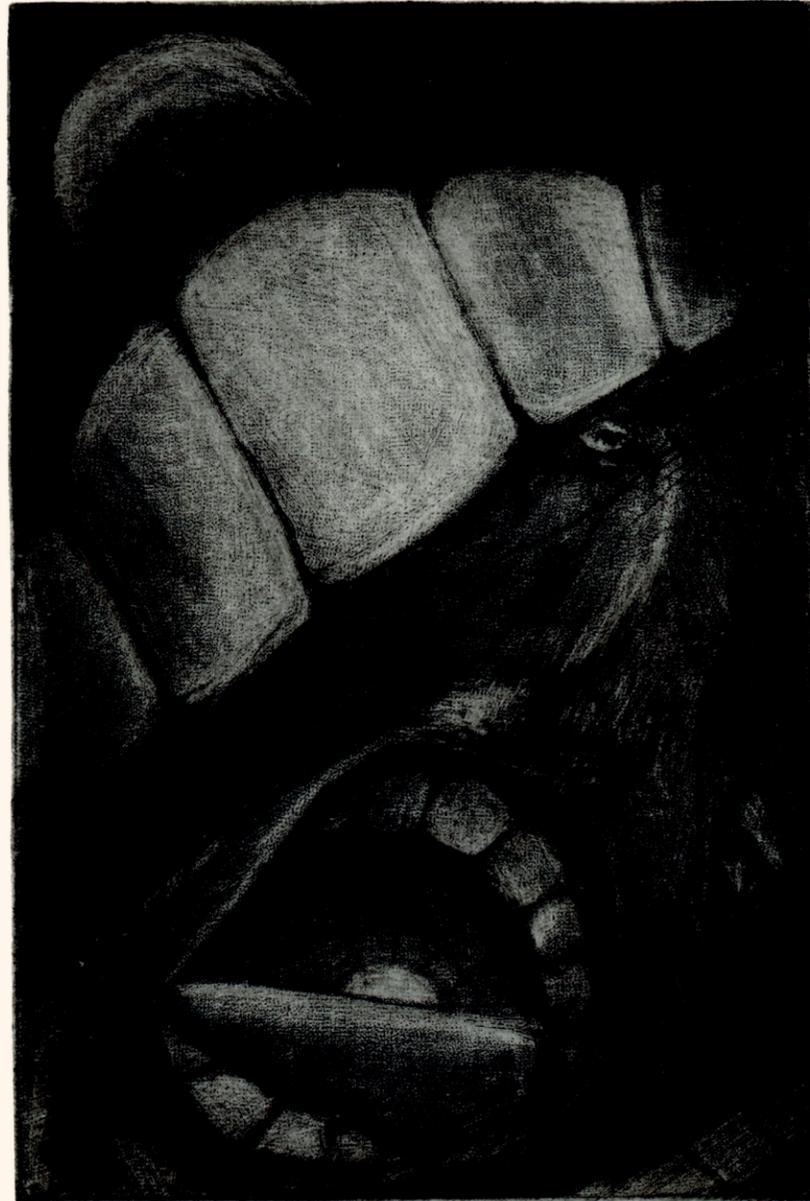
El día se va despacio,  
la tarde colgada a un hombro,  
dando una larga torera  
sobre el mar y los arroyos.  
Las aceitunas aguardan  
la noche de Capricornio,  
y una corta brisa, ecuestre,  
salta los montes de plomo.  
Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
viene sin vara de mimbre  
entre los cinco tricornios.

Antonio, ¿quién eres tú?  
Si te llamaras Camborio,  
hubieras hecho una fuente  
de sangre con cinco chorros.  
Ni tú eres hijo de nadie,  
ni legítimo Camborio.  
¡Se acabaron los gitanos  
que iban por el monte solos!  
Están los viejos cuchillos  
tiritando bajo el polvo.



A las nueve de la noche  
lo llevan al calabozo,  
mientras los guardias civiles  
beben limonada todos.  
Y a las nueve de la noche  
le cierran el calabozo,  
mientras el cielo reluce  
como la grupa de un potro.





P/A

HELENA MARQUÉS PEDRAZA



I 2

## MUERTE DE ANTOÑITO EL CAMBORIO

*A José Antonio Rubio Sacristán*

Voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.  
Voces antiguas que cercan  
voz de clavel varonil.  
Les clavó sobre las botas  
mordiscos de jabalí.  
En la lucha daba saltos  
jabonados de delfín.  
Bañó con sangre enemiga  
su corbata carmesí,  
pero eran cuatro puñales  
y tuvo que sucumbir.  
Cuando las estrellas clavan  
rejones al agua gris,  
cuando los erales suenan  
verónicas de alhelí,  
voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.





Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil:  
¿Quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?  
Mis cuatro primos Heredias  
hijos de Benamejí.  
Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.  
Zapatos color corinto,  
medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.  
¡Ay, Antoñito el Camborio,  
digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir.  
¡Ay, Federico García,  
llama a la Guardia Civil!  
Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz.



P/A

Andrea Cano



Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir.  
Un ángel marchoso  
pone su cabeza en un cojín.  
Otros de rubor cansado,  
encendieron un candil.  
Y cuando los cuatro primos  
llegan a Benamejí,  
voces de muerte cesaron  
cerca del Guadalquivir.

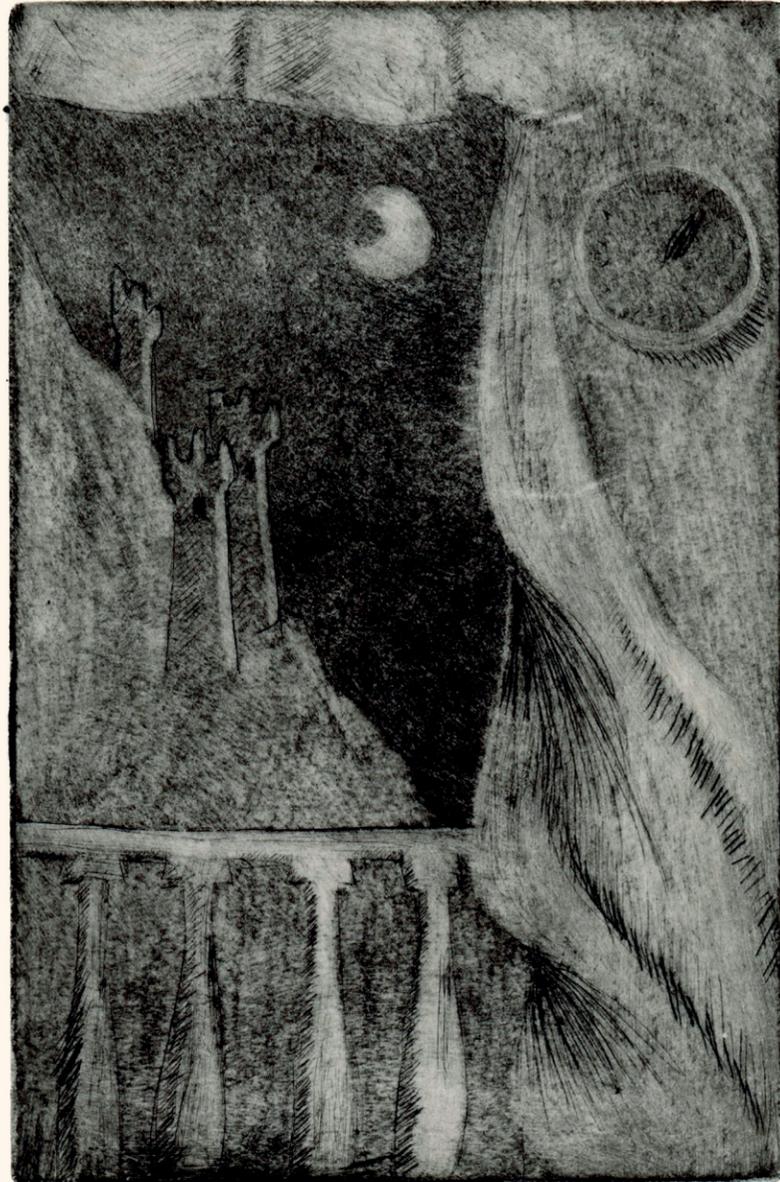
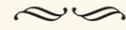


13

## MUERTO DE AMOR

¿Qué es aquello que reluce  
por los altos corredores?  
Cierra la puerta, hijo mío,  
acaban de dar las once.  
En mis ojos, sin querer,  
relumbran cuatro faroles.  
Será que la gente aquella  
estará fregando el cobre.

Ajo de agónica plata  
la luna menguante,  
pone cabelleras amarillas  
a las amarillas torres.  
La noche llama temblando  
al cristal de los balcones,  
perseguida por los mil perros  
que no la conocen,  
y un olor de vino y ámbar  
viene de los corredores.



P/A

Sonia Hidalgo Caldera



Brisas de caña mojada  
y rumor de viejas voces,  
resonaban por el arco roto  
de la media noche.  
Bueyes y rosas dormían.  
Sólo por los corredores  
las cuatro luces clamaban  
con el furor de San Jorge.  
Tristes mujeres del valle  
bajaban su sangre de hombre,  
tranquila de flor cortada  
y amarga de muslo joven.  
Viejas mujeres del río  
lloraban al pie del monte,  
un minuto intransitable  
de cabelleras y nombres.  
Fachadas de cal, ponían  
cuadrada y blanca la noche.  
Serafines y gitanos  
tocaban acordeones.  
Madre, cuando yo me muera,



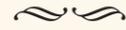
P/A

Gloria Arranz Avilés



que se enteren los señores.  
Pon telegramas azules  
que vayan del Sur al Norte.  
Siete gritos, siete sangres,  
siete adormideras dobles,  
quebraron opacas lunas  
en los oscuros salones.  
Lleno de manos cortadas  
y coronitas de flores,  
el mar de los juramentos  
resonaba, no sé dónde.  
Y el cielo daba portazos  
al brusco rumor del bosque,  
mientras clamaban las luces  
en los altos corredores.





14

ROMANCE DEL EMPLAZADO

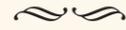
*Para Emilio Aladrén*

¡Mi soledad sin descanso!  
Ojos chicos de mi cuerpo  
y grandes de mi caballo,  
no se cierran por la noche  
ni miran al otro lado  
donde se aleja tranquilo  
un sueño de trece barcos.  
Sino que limpios y duros  
escuderos desvelados,  
mis ojos miran un norte  
de metales y peñascos  
donde mi cuerpo sin venas  
consulta naipes helados.



P/A

Eva Fernández Díaz



Los densos bueyes del agua  
embisten a los muchachos  
que se bañan en las lunas  
de sus cuernos ondulados.  
Y los martillos cantaban  
sobre los yunques sonámbulos,  
el insomnio del jinete  
y el insomnio del caballo.

El veinticinco de junio  
le dijeron a el Amargo:  
Ya puedes cortar si gustas  
las adelfas de tu patio.  
Pinta una cruz en la puerta  
y pon tu nombre debajo,  
porque cicutas y ortigas  
nacerán en tu costado,  
y agujas de cal mojada  
te morderán los zapatos.



Será de noche, en lo oscuro,  
por los montes imantados,  
donde los bueyes del agua  
beben  
los juncos soñando.  
Pide luces y campanas.  
Aprende a cruzar las manos,  
y gusta los aires fríos  
de metales y peñascos.  
Porque dentro de dos meses  
yacerás amortajado.

Espadón de nebulosa  
mueve en el aire Santiago.  
Grave silencio, de espalda,  
manaba el cielo combado.

El veinticinco de junio  
abrió sus ojos Amargo,



y el veinticinco de agosto  
se tendió para cerrarlos.  
Hombres bajaban la calle  
para ver al emplazado,  
que fijaba sobre el muro  
su soledad con descanso.  
Y la sábana impecable,  
de duro acento romano,  
daba equilibrio a la muerte  
con las rectas de sus paños.



14

## ROMANCE DE LA GUARDIA CIVIL ESPAÑOLA

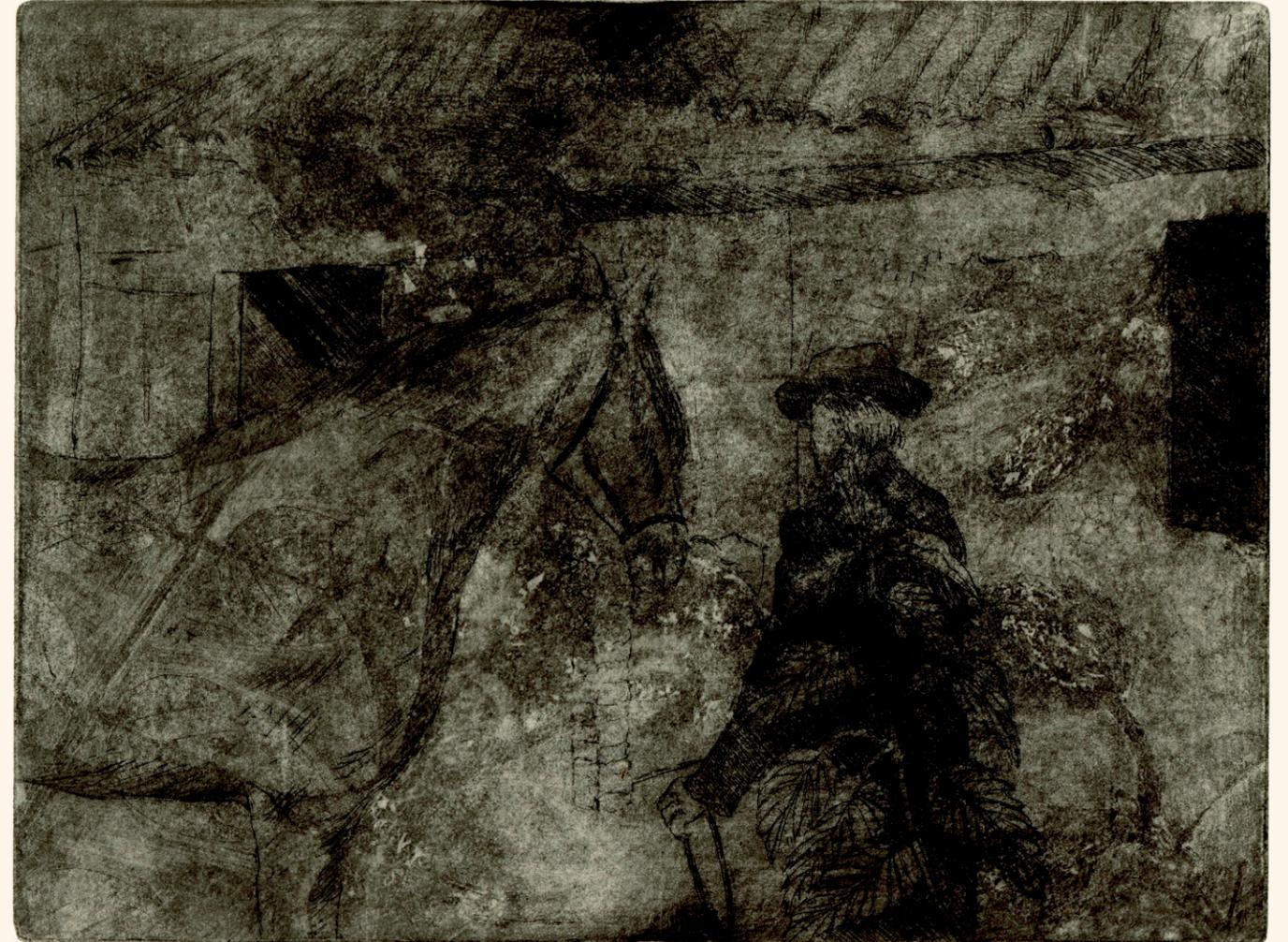
*A Juan Guerrero  
Cónsul General de la Poesía*

Los caballos negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capes relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera.  
Jorobados y nocturnos,  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
Pasan, si quieren pasar,  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolas inconcretas.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.



La luna y la calabaza  
con las guindas en conserva.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Ciudad de dolor y almizcle,  
con las torres de canela.  
Cuando llegaba la noche,  
noche que noche nochera,  
los gitanos en sus fraguas  
forjaban soles y flechas.  
Un caballo malherido,  
llamaba a todas las puertas.  
Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.  
El viento, vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa,  
en la noche platinoche  
noche, que noche nochera.

La Virgen y San José,  
perdieron sus castañuelas,  
y buscan a los gitanos



Lidia Álvarez



para ver si las encuentran.  
La Virgen viene vestida  
con un traje de alcaldesa  
de papel de chocolate  
con los collares de almendras.  
San José mueve los brazos  
bajo una capa de seda.  
Detrás va Pedro Domecq  
con tres sultanes de Persia.  
La media luna, soñaba  
un éxtasis de cigüeña.  
Estandartes y faroles  
invaden las azoteas.  
Por los espejos sollozan  
bailarinas sin caderas.  
Agua y sombra, sombra y agua  
por Jerez de la Frontera.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.  
Apaga tus verdes luces  
que viene la benemérita.



¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Dejadla lejos del mar,  
sin peines para sus crenchas.  
Avanzan de dos en fondo  
a la ciudad de la fiesta.  
Un rumor de siemprevivas  
invade las cartucheras.  
Avanzan de dos en fondo.  
Doble nocturno de tela.  
El cielo, se les antoja,  
una vitrina de espuelas.

La ciudad libre de miedo,  
multiplicaba sus puertas.  
Cuarenta guardias civiles  
entran a saco por ellas.  
Los relojes se pararon,  
y el coñac de las botellas  
se disfrazó de noviembre  
para no infundir sospechas.



Un vuelo de gritos largos  
 se levantó en las veletas.  
 Los sables cortan las brisas  
 que los cascos atropellan.  
 Por las calles de penumbra  
 huyen las gitanas viejas  
 con los caballos dormidos  
 y las orzas de monedas.  
 Por las calles empinadas  
 suben las capas siniestras,  
 dejando atrás fugaces  
 remolinos de tijeras.  
 En el portal de Belén  
 los gitanos se congregan.  
 San José, lleno de heridas,  
 amortaja a una doncella.  
 Tercos fusiles agudos  
 por toda la noche suenan.  
 La Virgen cura a los niños  
 con salivilla de estrella.



Pero la Guardia Civil  
 avanza sembrando hogueras,  
 donde joven y desnuda  
 la imaginación se quema.  
 Rosa la de los Camborios,  
 gime sentada en su puerta  
 con sus dos pechos cortados  
 puestos en una bandeja.  
 Y otras muchachas corrían  
 perseguidas por sus trenzas,  
 en un aire donde estallan  
 rosas de pólvora negra.  
 Cuando todos los tejados  
 eran surcos en la sierra,  
 el alba meció sus hombros  
 en largo perfil de piedra.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
 La Guardia Civil se aleja  
 por un túnel de silencio  
 mientras las llamas te cercan.  
 ¡Oh ciudad de los gitanos!  
 ¿Quién te vio y no te recuerda?  
 Que te busquen en mi frente.  
 Juego de luna y arena.





*TRES ROMANCES HISTÓRICOS*

16

MARTIRIO DE SANTA OLALLA

*A Rafael Martínez Nadal*

I

PANORAMA DE MÉRIDA

Por la calle brinca y corre  
caballo de larga cola,  
mientras juegan o dormitan  
viejos soldados de Roma.  
Medio monte de Minervas  
abre sus brazos sin hojas.  
Agua en vilo redoraba  
las aristas de las rocas.  
Noche de torsos yacentes  
y estrellas de nariz rota,  
aguarda grietas del alba  
para derrumbarse toda.  
De cuando en cuando sonaban  
blasfemias de cresta roja.  
Al gemir, la santa niña  
quiebra el cristal de las copas.  
La rueda afila cuchillos  
y garfios de aguda comba:



P/A

Fernando Gálvez Clavijo



Brama el toro de los yunques,  
y Mérida se corona  
de nardos casi despiertos  
y tallos de zarzamora.

II

EL MARTIRIO

Flora desnuda se sube  
por escalerillas de agua.  
El Cónsul pide bandeja  
para los senos de Olalla.  
Un chorro de venas verdes  
le brota de la garganta.  
Su sexo tiembla enredado  
como un pájaro en las zarzas.  
Por el suelo, ya sin norma,  
brincan sus manos cortadas  
que aún pueden cruzarse en tenue  
oración decapitada.  
Por los rojos agujeros  
donde sus pechos estaban  
se ven cielos diminutos  
y arroyos de leche blanca.  
Mil arbolillos de sangre  
le cubren toda la espalda  
y oponen húmedos troncos  
al bisturí de las llamas.



Centuriones amarillos  
de carne gris, desvelada,  
llegan al cielo sonando  
sus armaduras de plata.  
Y mientras vibra confusa  
pasión de crines y espadas,  
el Cónsul porta en bandeja  
senos ahumados de Olalla.

III

INFIERNO Y GLORIA

Nieve ondulada reposa.  
Olalla pende del árbol.  
Su desnudo de carbón  
tizna los aires helados.  
Noche tirante reluce.  
Olalla muerta en el árbol.  
Tinteros de las ciudades  
vuelcan la tinta despacio.  
Negros maniqués de sastre  
cubren la nieve del campo,  
en largas filas que gimen  
su silencio mutilado.  
Nieve partida comienza.  
Olalla blanca en el árbol.  
Escuadras de níquel juntan  
los picos en su costado.



Una Custodia reluce  
sobre los cielos quemados,  
entre gargantas de arroyo  
y ruiseñores en ramos.  
¡Saltan vidrios de colores!  
Olalla blanca en lo blanco.  
Ángeles y serafines  
dicen: Santo, Santo, Santo.



17  
BURLA DE DON PEDRO A CABALLO  
ROMANCE CON LAGUNAS

*A Jean Cassou*

Por una vereda  
venía Don Pedro.  
¡Ay cómo lloraba  
el caballero!  
Montado en un ágil  
caballo sin freno,  
venía en la busca  
del pan y del beso.  
Todas las ventanas  
preguntan al viento,  
por el llanto oscuro  
del caballero.



P/A

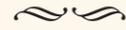
Leo Moreno

PRIMERA LAGUNA

Bajo el agua  
siguen las palabras.  
Sobre el agua  
una luna redonda  
se baña,  
dando envidia  
a la otra  
¡tan alta!  
En la orilla,  
un niño,  
ve las lunas y dice:  
¡Noche; toca los platillos!

SIGUE

A una ciudad lejana  
ha llegado Don Pedro.  
Una ciudad de oro  
entre un bosque de cedros.  
¿Es Belén? Por el aire  
yerbaluisa y romero.



Brillan las azoteas  
y las nubes. Don Pedro  
pasa por arcos rotos.  
Dos mujeres y un viejo  
con velones de plata  
le salen al encuentro.  
Los chopos dicen: No.  
Y el ruiseñor: Veremos.

SEGUNDA LAGUNA

Bajo el agua  
siguen las palabras.  
Sobre el peinado del agua  
un círculo de pájaros y llamas.  
Y por los cañaverales,  
testigos que conocen lo que falta.  
Sueño concreto y sin norte  
de madera de guitarra.



SIGUE

Por el camino llano  
dos mujeres y un viejo  
con velones de plata  
van al cementerio.  
Entre los azafranes  
han encontrado muerto  
el sombrío caballo  
de Don Pedro.  
Voz secreta de tarde  
balaba por el cielo.  
Unicornio de ausencia  
rompe en cristal su cuerno.  
La gran ciudad lejana  
está ardiendo  
y un hombre va llorando  
tierras adentro.  
Al Norte hay una estrella.  
Al Sur un marinero.



ÚLTIMA LAGUNA

Bajo el agua  
están las palabras.  
Limo de voces perdidas.  
Sobre la flor enfriada,  
está Don Pedro olvidado,  
¡ay!, jugando con las ranas.

La luna gira en el cielo  
sobre las sierras sin agua  
mientras el verano siembra  
rumores de tigre y llama.  
Por encima de los techos  
nervios de metal sonaban.  
Aire rizado venía  
con los balidos de lana.  
La sierra se ofrece llena  
de heridas cicatrizadas,  
o estremecida de agudos  
cauterios de luces blancas.

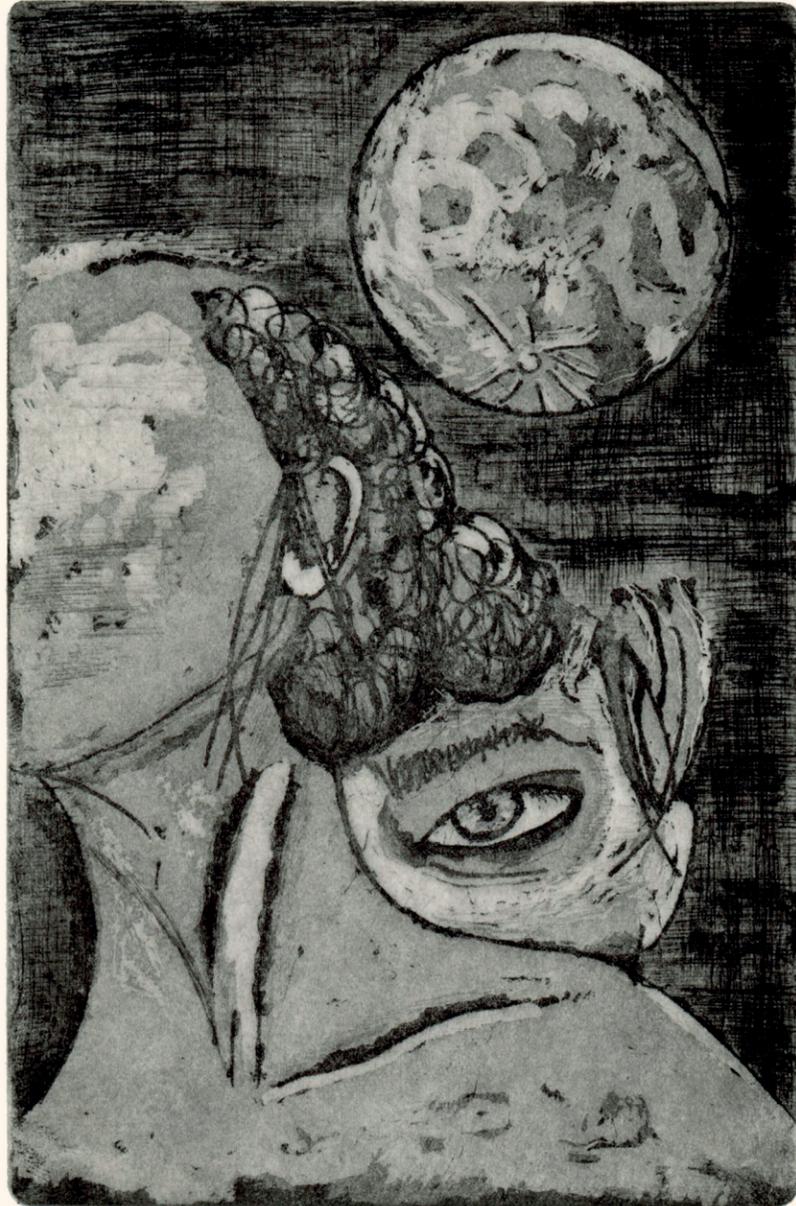


18

THAMÁR Y AMNÓN

*Para Alfonso García-Valdecasas*

Thamár estaba soñando  
pájaros en su garganta  
al son de panderos fríos  
y cítaras enlunadas.  
Su desnudo en el alero,  
agudo norte de palma,  
pide copos a su vientre  
y granizo a sus espaldas.  
Thamár estaba cantando  
desnuda por la terraza.  
Alrededor de sus pies,  
cinco palomas heladas.  
Amnón, delgado y concreto,  
en la torre la miraba,  
llenas las ingles de espuma  
y oscilaciones la barba.  
Su desnudo iluminado  
se tendía en la terraza,  
con un rumor entre dientes  
de flecha recién clavada.



1/3

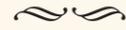
THAMAR Y AMNÓN

Cerezo



Amnón estaba mirando  
la luna redonda y baja,  
y vio en la luna los pechos  
durísimos de su hermana.

Amnón a las tres y media  
se tendió sobre la cama.  
Toda la alcoba sufría  
con sus ojos llenos de alas.  
La luz, maciza, sepulta  
pueblos en la arena parda,  
o descubre transitorio  
coral de rosas y dalias.  
Linfá de pozo oprimida  
brota silencio en las jarras.  
En el musgo de los troncos  
la cobra tendida canta.  
Amnón gime por la tela  
fresquísima de la cama.  
Yedra del escalofrío  
cubre su carne quemada.



Thamár entró silenciosa  
en la alcoba silenciada,  
color de vena y Danubio,  
turbia de huellas lejanas.  
Thamár, bórrame los ojos  
con tu fija madrugada.  
Mis hilos de sangre tejen  
volantes sobre tu falda.  
Déjame tranquila, hermano.  
Son tus besos en mi espalda  
avispas y vientecillos  
en doble enjambre de flautas.  
Thamár, en tus pechos altos  
hay dos peces que me llaman,  
y en las yemas de tus dedos  
rumor de rosa encerrada.



1/3 Thamár y Amón Sergio Maresca



Los cien caballos del rey  
en el patio relinchaban.  
Sol en cubos resistía  
la delgadez de la parra.  
Ya la coge del cabello,  
ya la camisa le rasga.  
Corales tibios dibujan  
arroyos en rubio mapa.

¡Oh, qué gritos se sentían  
por encima de las casas!  
Qué espesura de puñales  
y túnicas desgarradas.  
Por las escaleras tristes  
esclavos suben y bajan.  
Émbolos y muslos juegan  
bajo las nubes paradas.  
Alrededor de Thamár  
gritan vírgenes gitanas  
y otras recogen las gotas  
de su flor martirizada.  
Paños blancos enrojecen  
en las alcobas cerradas.  
Rumores de tibia aurora  
pámpanos y peces cambian.



Violador enfurecido,  
Amnón huye con su jaca.  
Negros le dirigen flechas  
en los muros y atalayas.  
Y cuando los cuatro cascos  
eran cuatro resonancias,  
David con unas tijeras  
cortó las cuerdas del arpa.

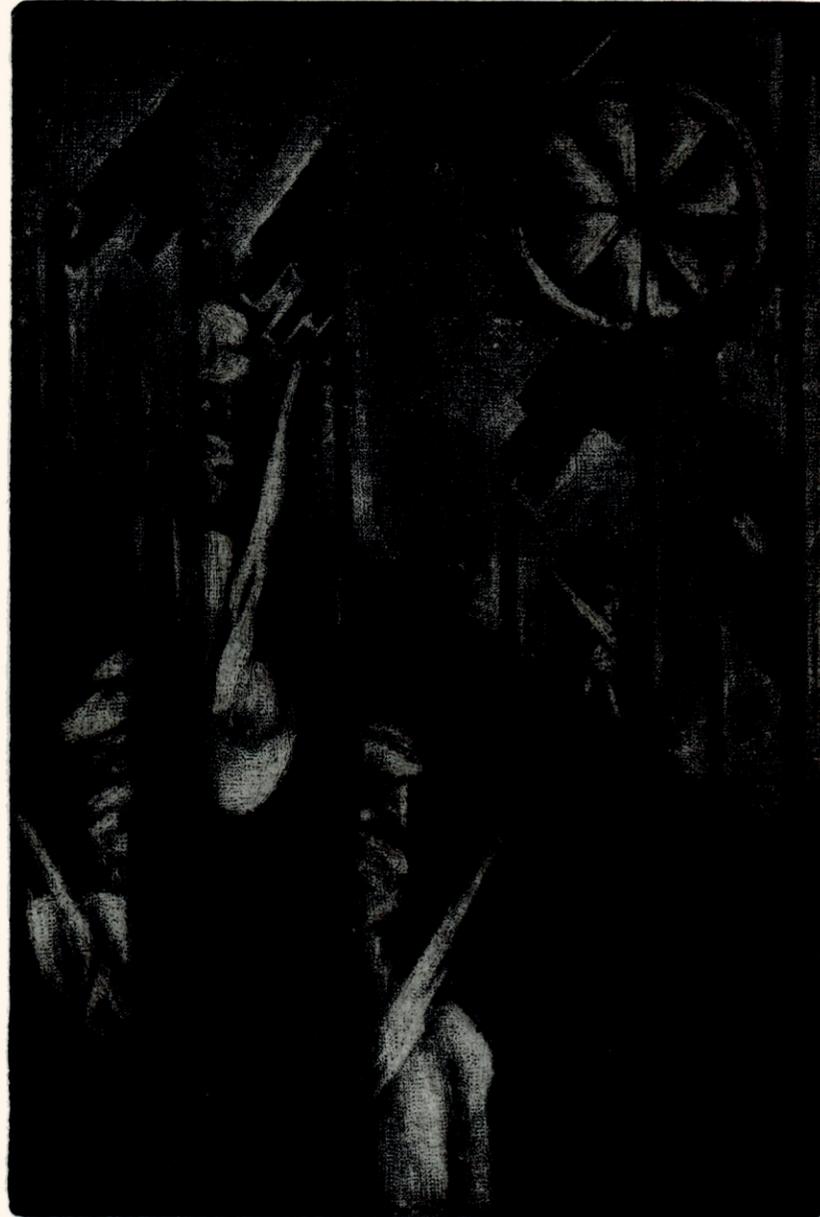
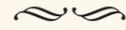


# PØETA EN NUEVA YORK



A BEBÉ Y CARLOS MORLA

Los poemas de este libro están escritos en la ciudad de Nueva York los años 1929-1930, en que el poeta vivió como estudiante de Columbia University.



PA

CANDELA MORA FERNÁNDEZ

I

POEMAS DE LA SOLEDAD EN COLUMBIA UNIVERSITY

*Furia color de amor,  
amor color de olvido.*

-LUIS CERNUDA



VUELTA DE PASEO

Asesinado por el cielo.  
Entre las formas que van hacia la sierpe  
y las formas que buscan el cristal  
dejaré crecer mis cabellos.

Con el árbol de muñones que no canta  
y el niño con el blanco rostro de huevo.

Con los animalitos de cabeza rota  
y el agua harapienta de los pies secos.

Con todo lo que tiene cansancio sordomudo  
y mariposa ahogada en el tintero.

Tropezando con mi rostro distinto de cada día.  
¡Asesinado por el cielo!



1910  
INTERMEDIO

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez  
no vieron enterrar a los muertos,  
ni la feria de ceniza del que llora por la madrugada,  
ni el corazón que tiembla arrinconado como un caballito de mar.

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez  
vieron la blanca pared donde orinaban las niñas,  
el hocico del toro, la seta venenosa  
y una luna incomprensible que iluminaba por los rincones  
los pedazos de limón seco bajo el negro duro de las botellas.

Aquellos ojos míos en el cuello de la jaca,  
en el seno traspasado de Santa Rosa dormida,  
en los tejados del amor, con gemidos y frescas manos,  
en un jardín donde los gatos se comían a las ranas.

Desván donde el polvo viejo congrega estatuas y musgos.  
Cajas que guardan silencio de cangrejos devorados.  
En el sitio donde el sueño tropezaba con su realidad.  
Allí mis pequeños ojos.

No preguntarme nada. He visto que las cosas  
cuando buscan su curso encuentran su vacío.  
Hay un dolor de huecos por el aire sin gente  
y en mis ojos criaturas vestidas ¡sin desnudo!

*New York, agosto de 1929*



FÁBULA Y RUEDA DE LOS TRES AMIGOS

Enrique,  
Emilio,  
Lorenzo.

Estaban los tres helados:

Enrique por el mundo de las camas,  
Emilio por el mundo de los ojos y las heridas de las manos,  
Lorenzo por el mundo de las universidades sin tejados.

Lorenzo,  
Emilio,  
Enrique.

Estaban los tres quemados:

Lorenzo por el mundo de las hojas y las bolas de billar,  
Emilio por el mundo de la sangre y los alfileres blancos,  
Enrique por el mundo de los muertos y los periódicos abandonados.

Lorenzo,  
Emilio,  
Enrique.

Estaban los tres enterrados:

Lorenzo en un seno de Flora,  
Emilio en la yerta ginebra que se olvida en el vaso,  
Enrique en la hormiga, en el mar y en los ojos vacíos de los pájaros.

Lorenzo,  
Emilio,  
Enrique.

Fueron los tres en mis manos  
tres montañas chinas,  
tres sombras de caballo,  
tres paisajes de nieve y una cabaña de azucenas  
por los palomares donde la luna se pone plana bajo el gallo.

Uno

y uno  
y uno.

Estaban los tres momificados

con las moscas del invierno,  
con los tinteros que orina el perro y desprecia el vilano,  
con la brisa que hiela el corazón de todas las madres  
por los blancos derribos de Júpiter donde meriendan muerte los borrachos.

Tres

y dos  
y uno.

Los vi perderse llorando y cantando

por un huevo de gallina,  
por la noche que enseñaba su esqueleto de tabaco,  
por mi dolor lleno de rostros y punzantes esquirlas de luna,  
por mi alegría de ruedas dentadas y látigos,  
por mi pecho turbado por las palomas,  
por mi muerte desierta con un solo paseante equivocado.

Yo había matado la quinta luna  
y bebían agua por las fuentes los abanicos y los aplausos.



Tibia leche encerrada de las recién paridas  
agitaba las rosas con un largo dolor blanco.  
Enrique,  
Emilio,  
Lorenzo.  
Diana es dura  
pero a veces tiene los pechos nublados.  
Puede la piedra blanca latir en la sangre del ciervo  
y el ciervo puede soñar por los ojos de un caballo.

Cuando se hundieron las formas puras  
bajo el cri cri de las margaritas  
comprendí que me habían asesinado.  
Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias.  
Abrieron los toneles y los armarios.  
Destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro.  
Ya no me encontraron.  
¿No me encontraron?  
No. No me encontraron.  
Pero se supo que la sexta luna huyó torrente arriba  
y que el mar recordó ¡de pronto!,  
los nombres de todos sus ahogados.



TU INFANCIA EN MENTON

*Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.*

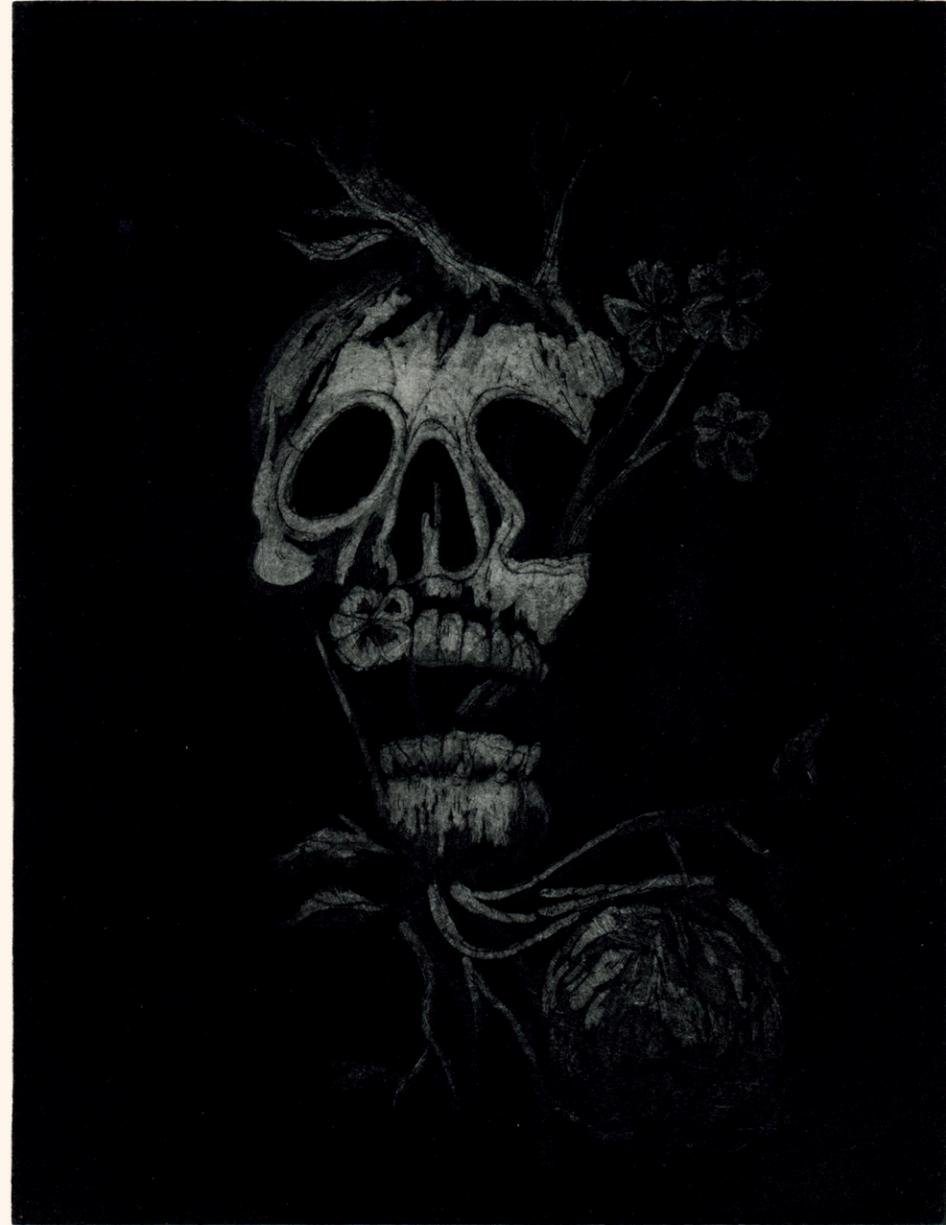
*-JORGE GUILLÉN*

Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.  
El tren y la mujer que llena el cielo.  
Tu soledad esquiva en los hoteles  
y tu máscara pura de otro signo.  
Es la niñez del mar y tu silencio  
donde los sabios vidrios se quebraban.  
Es tu yerta ignorancia donde estuvo  
mi torso limitado por el fuego.  
Norma de amor te di, hombre de Apolo,  
llanto con rruiseñor enajenado,  
pero, pasto de ruina, te afilabas  
para los breves sueños indecisos.  
Pensamiento de enfrente, luz de ayer,  
índices y señales del acaso.  
Tu cintura de arena sin sosiego  
atiende sólo rastros que no escalan.  
Pero yo he de buscar por los rincones  
tu alma tibia sin ti que no te entiende,  
con el dolor de Apolo detenido  
con que he roto la máscara que llevas.  
Allí, león, allí furia del cielo,  
te dejaré pacer en mis mejillas,  
allí caballo azul de mi locura,



pulso de nebulosa y minuterero.  
He de buscar las piedras de alacranes  
y los vestidos de tu madre niña,  
llanto de media noche y paño roto  
que quitó luna de la sien del muerto.  
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.  
Alma extraña de mi hueco de venas,  
te he de buscar pequeña y sin raíces.  
¡Amor de siempre, amor, amor de nunca!  
¡Oh, sí! Yo quiero. ¡Amor, amor! Dejadme.  
No me tapen la boca los que buscan  
espigas de Saturno por la nieve  
o castran animales por un cielo,  
clínica y selva de la anatomía.  
Amor, amor, amor. Niñez del mar.  
Tu alma tibia sin ti que no te entiende.  
Amor, amor, un vuelo de la corza  
por el pecho sin fin de la blancura.  
Y tu niñez, amor, y tu niñez.  
El tren y la mujer que llena el cielo.  
Ni tú, ni yo, ni el aire, ni las hojas.  
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.



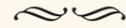


BAT

MARIA LORENZALE PÉREZ DEL PULGAR

II  
LOS NEGROS

*Para Ángel del Río*



NORMA Y PARAÍSO DE LOS NEGROS

Odian la sombra del pájaro  
sobre el pleamar de la blanca mejilla  
y el conflicto de luz y viento  
en el salón de la nieve fría.

Odian la flecha sin cuerpo,  
el pañuelo exacto de la despedida,  
la aguja que mantiene presión y rosa  
en el gramíneo rubor de la sonrisa.

Aman el azul desierto,  
las vacilantes expresiones bovinas,  
la mentirosa luna de los polos,  
la danza curva del agua en la orilla.

Con la ciencia del tronco y del rastro  
llenan de nervios luminosos la arcilla  
y patinan lúbricos por aguas y arenas  
gustando la amarga frescura de su milenaria saliva.

Es por el azul crujiente,  
azul sin un gusano ni una huella dormida,  
donde los huevos de avestruz quedan eternos  
y deambulan intactas las lluvias bailarinas.



Es por el azul sin historia,  
azul de una noche sin temor de día,  
azul donde el desnudo del viento va quebrando  
los camellos sonámbulos de las nubes vacías.

Es allí donde sueñan los torsos bajo la gula de la hierba.  
Allí los corales empapan la desesperación de la tinta,  
los durmientes borran sus perfiles bajo la madeja de los caracoles  
y queda el hueco de la danza sobre las últimas cenizas.





EL REY DE HARLEM

Con una cuchara  
arrancaba los ojos a los cocodrilos  
y golpeaba el trasero de los monos.  
Con una cuchara.

Fuego de siempre dormía en los pedernales  
y los escarabajos borrachos de anís  
olvidaban el musgo de las aldeas.

Aquel viejo cubierto de setas  
iba al sitio donde lloraban los negros  
mientras crujía la cuchara del rey  
y llegaban los tanques de agua podrida.

Las rosas huían por los filos  
de las últimas curvas del aire,  
y en los montones de azafrán  
los niños machacaban pequeñas ardillas  
con un rubor de frenesí manchado.

Es preciso cruzar los puentes  
y llegar al rubor negro  
para que el perfume de pulmón  
nos golpee las sienes con su vestido  
de caliente piña.



Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente,  
a todos los amigos de la manzana y de la arena,  
y es necesario dar con los puños cerrados  
a las pequeñas judías que tiemblan llenas de burbujas,  
para que el rey de Harlem cante con su muchedumbre,  
para que los cocodrilos duerman en largas filas  
bajo el amianto de la luna,  
y para que nadie dude de la infinita belleza  
de los plumeros, los ralladores, los cobres y las cacerolas de las cocinas.

¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!  
No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos,  
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,  
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,  
a tu gran rey prisionero con un traje de conserje.



Tenía la noche una hendidura y quietas salamandras de marfil.  
Las muchachas americanas  
llevaban niños y monedas en el vientre  
y los muchachos se desmayaban en la cruz del desperezo.

Ellos son.  
Ellos son los que beben el whisky de plata junto a los volcanes  
y tragan pedacitos de corazón por las heladas montañas del oso.





Aquella noche el rey de Harlem con una durísima cuchara  
arrancaba los ojos a los cocodrilos  
y golpeaba el trasero de los monos.  
Con una cuchara.

Los negros lloraban confundidos  
entre paraguas y soles de oro,  
los mulatos estiraban gomas ansiosos de llegar al torso blanco,  
y el viento empañaba espejos  
y quebraba las venas de los bailarines.

Negros, negros, negros, negros.

La sangre no tiene puertas en vuestra noche boca arriba.  
No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pieles,  
viva en la espina del puñal y en el pecho de los paisajes,  
bajo las pinzas y las retamas de la celeste luna de Cáncer.

Sangre que busca por mil caminos muertas enharinadas y ceniza de nardo,  
cielos yertos, en declive, donde las colonias de planetas  
rueden por las playas con los objetos abandonados.

Sangre que mira lenta con el rabo del ojo,  
hecha de espartos exprimidos y néctares de subterráneos.  
Sangre que oxida el alisio descuidado en una huella  
y disuelve a las mariposas en los cristales de la ventana.

Es la sangre que viene, que vendrá  
por los tejados y azoteas, por todas partes,



para quemar la clorofila de las mujeres rubias,  
para gemir al pie de las camas ante el insomnio de los lavabos,  
y estrellarse en una aurora de tabaco y bajo amarillo.

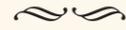
¡Hay que huir!,  
huir por las esquinas y encerrarse en los últimos pisos  
porque el tuétano del bosque penetrará por las rendijas  
para dejar en vuestra carne una leve huella de eclipse  
y una falsa tristeza de guante desteñido y rosa química.



Es por el silencio sapientísimo  
cuando los camareros y los cocineros y los que limpian con la lengua  
las heridas de los millonarios  
buscan al rey por las calles o en los ángulos del salitre.

Un viento sur de madera, oblicuo en el negro fango,  
escupe a las barcas rotas y se clava puntillas en los hombros.  
Un viento sur que lleva  
colmillos, girasoles, alfabetos  
y una pila de Volta con avispas ahogadas.

El olvido estaba expresado por tres gotas de tinta sobre el monóculo.  
El amor, por un solo rostro, invisible a flor de piedra.  
Médulas y corolas componían sobre las nubes  
un desierto de tallos sin una sola rosa.



A la izquierda, a la derecha, por el sur y por el norte,  
se levanta el muro impasible  
para el topo y la aguja del agua.  
No busquéis, negros, su grieta  
para hallar la máscara infinita.  
Buscad el gran sol del centro  
hechos una piña zumbadora.  
El sol que se desliza por los bosques  
seguro de no encontrar una ninfa,  
el sol que destruye números y no ha cruzado nunca un sueño,  
el tatuado sol que baja por el río  
y muge seguido de caimanes.

Negros, negros, negros, negros.

Jamás sierpe, ni cebra, ni mula  
palidieron al morir.  
El leñador no sabe cuándo expiran  
los clamorosos árboles que corta.  
Aguardad bajo la sombra vegetal de vuestro rey  
a que cicutas y cardos y ortigas tumben postreras azoteas.

Entonces negros, entonces, entonces,  
podréis besar con frenesí las ruedas de las bicicletas,  
poner parejas de microscopios en las cuevas de las ardillas,  
y danzar al fin sin duda, mientras las flores erizadas  
asesinan a nuestro Moisés casi en los juncos del cielo.



¡Ay Harlem disfrazada!  
¡Ay Harlem amenazada por un gentío de trajes sin cabeza!  
Me llega tu rumor,  
me llega tu rumor atravesando troncos y ascensores,  
a través de láminas grises  
donde flotan tus automóviles cubiertos de dientes,  
a través de los caballos muertos y los crímenes diminutos,  
a través de tu gran rey desesperado  
cuyas barbas llegan al mar.





IGLESIA ABANDONADA

*Balada de la Gran Guerra*

Yo tenía un hijo que se llamaba Juan.  
Yo tenía un hijo.  
Se perdió por los arcos un viernes de todos los muertos.  
Lo vi jugar en las últimas escaleras de la misa,  
y echaba un cubito de hojalata en el corazón del sacerdote.  
He golpeado los ataúdes. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!  
Saqué una pata de gallina por detrás de la luna y luego  
comprendí que mi niña era un pez  
por donde se alejan las carretas.  
Yo tenía una niña.  
Yo tenía un pez muerto bajo las cenizas de los incensarios.  
Yo tenía un mar ¿de qué? ¡Dios mío! ¡Un mar!  
Subí a tocar las campanas, pero las frutas tenían gusanos  
y las cerillas apagadas  
se comían los trigos de la primavera.  
Yo vi la transparente cigüeña de alcohol  
mondar las negras cabezas de los soldados agonizantes  
y vi las cabañas de goma  
donde giraban las copas llenas de lágrimas.  
En las anémonas del ofertorio te encontraré, ¡corazón mío!,  
cuando el sacerdote levanta la mula y el buey con sus fuertes brazos  
para espantar los sapos nocturnos que rondan los helados paisajes del cáliz.  
Yo tenía un hijo que era un gigante,



pero los muertos son más fuertes y saben devorar pedazos de cielo.  
Si mi niño hubiera sido un oso  
yo no temería el sigilo de los caimanes  
ni hubiese visto al mar amarrado a los árboles  
para ser fornicado y herido por el tropel de los regimientos.  
¡Si mi niño hubiera sido un oso!  
Me envolveré sobre esta lona dura para no sentir el frío de los musgos.  
Sé muy bien que me darán una manga o la corbata  
pero en el centro de la misa yo romperé el timón y entonces  
vendrá a la piedra la locura de pingüinos y gaviotas  
que harán decir a los que duermen y a los que cantan por las esquinas:  
Él tenía un hijo.  
Un hijo. Un hijo. Un hijo.  
Que no era más que suyo porque era su hijo.  
Su hijo. Su hijo. Su hijo.





ROLIO BUENA

III  
CALLES Y SUEÑOS

*A Rafael R. Rapún*



*Un pájaro de papel en el pecho  
dice que el tiempo de los besos no ha llegado.*

*-VICENTE ALEXANDRE*

DANZA DE LA MUERTE

*El mascarón. Mirad el mascarón  
cómo viene del África a New York.*

Se fueron los árboles de la pimienta,  
los pequeños botones de fósforo.  
Se fueron los camellos de carne desgarrada  
y los valles de luz que el cisne levantaba con el pico.

Era el momento de las cosas secas:  
de la espiga en el ojo y el gato laminado,  
del óxido de hierro de los grandes puentes  
y el definitivo silencio del corcho.

Era la gran reunión de los animales muertos  
traspasados por las espadas de la luz.  
La alegría eterna del hipopótamo con las pezuñas de ceniza  
y de la gacela con una siempreviva en la garganta.

En la marchita soledad sin onda  
el abollado mascarón danzaba.



Medio lado del mundo de arena.  
Mercurio y sol dormido el otro medio.

*El mascarón. ¡Mirad el mascarón!  
Arena, caimán y miedo sobre Nueva York.*



Desfiladeros de cal aprisionaban un cielo vacío  
donde sonaban las voces de los que mueren bajo el guano.  
Un cielo mondado y puro, idéntico a sí mismo,  
con el bozo y lirio agudo de sus montañas invisibles.

Acabó con los más leves tallitos del canto  
y se fue al diluvio empaquetado de la savia,  
a través del descanso de los últimos desfiles  
levantando con el rabo pedazos de espejo.

Cuando el chino lloraba en el tejado  
sin encontrar el desnudo de su mujer,  
y el director del banco observando el manómetro  
que mide el cruel silencio de la moneda,  
el mascarón llegaba al *Wall Street*.

No es extraño para la danza  
este columbario que pone los ojos amarillos.  
De la esfinge a la caja de caudales hay un hilo tenso  
que atraviesa el corazón de todos los niños pobres.  
El ímpetu primitivo baila con el ímpetu mecánico,



ignorantes en su frenesí de la luz original.  
 Porque si la rueda olvida su fórmula  
 ya puede cantar desnuda con las manadas de caballos,  
 y si una llama quema los helados proyectos  
 el cielo tendrá que huir ante el tumulto de las ventanas.

No es extraño este sitio para la danza. Yo lo digo.  
 El mascarón bailará entre columnas de sangre y de números,  
 entre huracanes de oro y gemidos de obreros parados  
 que aullarán, noche oscura, por tu tiempo sin luces.  
 ¡Oh salvaje Norteamérica! ¡Oh impúdica! ¡Oh salvaje!  
 ¡Tendida en la frontera de la nieve!

*El mascarón. ¡Mirad el mascarón!  
 ¡Qué ola de fango y luciérnagas sobre Nueva York!*



Yo estaba en la terraza luchando con la luna.  
 Enjambres de ventanas acribillaban un muslo de la noche.  
 En mis ojos bebían las dulces vacas de los cielos  
 y las brisas de largos remos  
 golpeaban los cenicientos cristales de Broadway.

La gota de sangre buscaba la luz de la yema del astro  
 para fingir una muerta semilla de manzana.  
 El aire de la llanura, empujado por los pastores,  
 temblaba con un miedo de molusco sin concha.

Pero no son los muertos los que bailan.  
 Estoy seguro.



Los muertos están embebidos devorando sus propias manos.  
 Son los otros los que bailan con el mascarón y su vihuela.  
 Son los otros, los borrachos de plata, los hombres fríos,  
 los que duermen en el cruce de los muslos y llamas duras,  
 los que buscan la lombriz en el paisaje de las escaleras,  
 los que beben en el banco lágrimas de niña muerta,  
 o los que comen por las esquinas diminutas pirámides del alba.

¡Que no baile el Papa!  
 ¡No,  
 que no baile el Papa!  
 Ni el Rey,  
 ni el millonario de dientes azules,  
 ni las bailarinas secas de las catedrales,  
 ni constructores, ni esmeraldas, ni locos, ni sodomitas.  
 Sólo este mascarón.  
 Este mascarón de vieja escarlatina.  
 ¡Sólo este mascarón!

Que ya las cobras silbarán por los últimos pisos.  
 Que ya las ortigas estremecerán patios y terrazas.  
 Que ya la Bolsa será una pirámide de musgo.  
 Que ya vendrán lianas después de los fusiles  
 y muy pronto, muy pronto, muy pronto.  
 ¡Ay Wall Street!

*El mascarón. ¡Mirad el mascarón!  
 ¡Cómo escope veneno de bosque  
 por la angustia imperfecta de Nueva York!*

Diciembre 1929



PAISAJE DE LA MULTITUD QUE VOMITA

*Anochecer de Coney Island*

La mujer gorda venía delante  
 arrancando las raíces y mojando el pergamino de los tambores.  
 la mujer gorda  
 que vuelve del revés los pulpos agonizantes.  
 La mujer gorda, enemiga de la luna,  
 corría por las calles y los pisos deshabitados  
 y dejaba por los rincones pequeñas calaveras de paloma  
 y levantaba las furias de los banquetes de los siglos últimos  
 y llamaba al demonio del pan por las colinas del cielo barrido  
 y filtraba un ansia de luz en las circulaciones subterráneas.  
 Son los cementerios. Lo sé. Son los cementerios  
 y el dolor de las cocinas enterradas bajo la arena.  
 Son los muertos, los faisanes y las manzanas de otra hora  
 los que nos empujan en la garganta.

Llegaban los rumores de la selva del vómito  
 con las mujeres vacías, con niños de cera caliente,  
 con árboles fermentados y camareros incansables  
 que sirven platos de sal bajo las arpas de la saliva.  
 Sin remedio. Hijo mío, ¡vomita! No hay remedio.  
 No es el vómito de los húsares sobre los pechos de la prostituta  
 ni el vómito del gato que se tragó una rana por descuido.  
 Son los muertos que arañan con sus manos de tierra  
 las puertas de pedernal donde se pudren nublos y postres.  
 La mujer gorda venía delante

con las gentes de los barcos, de las tabernas y de los jardines.  
 El vómito agitaba delicadamente sus tambores  
 entre algunas niñas de sangre  
 que pedían protección a la luna.  
 ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!  
 Esta mirada mía fue mía, pero ya no es mía.  
 Esta mirada que tiembla desnuda por el alcohol  
 y despide barcos increíbles  
 por las anémonas de los muelles.  
 Me defiando con esta mirada  
 que mana de las ondas por donde el alba no se atreve.  
 Yo, poeta sin brazos, perdido  
 entre la multitud que vomita,  
 sin caballo efusivo que corte  
 los espesos musgos de mis sienas.  
 Pero la mujer gorda seguía delante  
 y la gente buscaba las farmacias donde el amargo trópico se fija.  
 Sólo cuando izaron la bandera y llegaron los primeros canes  
 la ciudad entera se agolpó en las barandillas del embarcadero.

*New York, 29 de diciembre de 1929*



## PAISAJE DE LA MULTITUD QUE ORINA

*Nocturno de Battery Place*

Se quedaron solos.  
 Aguardaban la velocidad de las últimas bicicletas.  
 Se quedaron solas.  
 Esperaban la muerte de un niño en el velero japonés.  
 Se quedaron solos y solas.  
 soñando con los picos abiertos de los pájaros agonizantes,  
 con el agudo quitasol que pincha  
 al sapo recién aplastado,  
 bajo un silencio con mil orejas  
 y diminutas bocas de agua  
 en los desfiladeros que resisten  
 el ataque violento de la luna.  
 Lloraba el niño del velero y se quebraban los corazones  
 angustiados por el testigo y la vigilia de todas las cosas  
 y porque todavía en el suelo celeste de negras huellas  
 gritaban nombres oscuros, salivas y radios de níquel.  
 No importa que el niño calle cuando le clavan el último alfiler,  
 no importa la derrota de la brisa en la corola del algodón,  
 porque hay un mundo de la muerte con marineros definitivos  
 que se asomarán a los arcos y os helarán por detrás de los árboles.  
 Es inútil buscar el recodo  
 donde la noche olvida su viaje  
 y acechar un silencio que no tenga  
 trajes rotos y cáscaras y llanto,  
 porque tan sólo el diminuto banquete de la araña



basta para romper el equilibrio de todo el cielo.  
 No hay remedio para el gemido del velero japonés  
 ni para estas gentes ocultas que tropiezan con las esquinas.  
 El campo se muerde la cola para unir las raíces en un punto  
 y el ovillo busca por la grama su ansia de longitud insatisfecha.  
 ¡La luna! ¡Los policías! ¡Las sirenas de los transatlánticos!  
 Fachadas de orín, de humo, anémonas, guantes de goma.  
 Todo está roto por la noche  
 abierta de piernas sobre las terrazas.  
 Todo está roto por los tibios caños  
 de una terrible fuente silenciosa.  
 ¡Oh gentes! ¡Oh mujercillas! ¡Oh soldados!  
 Será preciso viajar por los ojos de los idiotas,  
 campos libres donde silban mansas cobras deslumbradas,  
 paisajes llenos de sepulcros que producen fresquísimas manzanas,  
 para que venga la luz desmedida  
 que temen los ricos detrás de sus lupas,  
 el olor de un solo cuerpo con la doble vertiente de lis y rata,  
 y para que se quemén estas gentes que pueden orinar alrededor de un gemido  
 o en los cristales donde se comprenden las olas nunca repetidas.





ASESINATO

*Dos voces de madrugada en Riverside Drive*

—¿Cómo fue?

—Una grieta en la mejilla.

¡Eso es todo!

Una uña que aprieta el tallo.

Un alfiler que bucea

hasta encontrar las raicillas del grito.

Y el mar deja de moverse.

—¿Cómo, cómo fue?

—Así.

—¡Déjame! ¿De esa manera?

—Sí.

El corazón salió solo.

—¡Ay, ay de mí!



NAVIDAD EN EL HUDSON

¡Esa esponja gris!

Ese marinero recién degollado.

Ese río grande.

Esa brisa de límites oscuros.

Ese filo, amor, ese filo.

Estaban los cuatro marineros luchando con el mundo.

Con el mundo de aristas que ven todos los ojos.

Con el mundo que no se puede recorrer sin caballos.

Estaban uno, cien, mil marineros

luchando con el mundo de las agudas velocidades,

sin enterarse de que el mundo

estaba solo por el cielo.

El mundo solo por el cielo solo.

Son las colinas de martillos y el triunfo de la hierba espesa.

Son los vivísimos hormigueros y las monedas en el fango.

El mundo solo por el cielo solo

y el aire a la salida de todas las aldeas.

Cantaba la lombriz el terror de la rueda

y el marinero degollado

cantaba al oso de agua que lo había de estrechar,

y todos cantaban aleluya,

aleluya. Cielo desierto.

Es lo mismo, ¡lo mismo!, aleluya.



He pasado toda la noche en los andamios de los arrabales  
dejándome la sangre por la escayola de los proyectos,  
ayudando a los marineros a recoger las velas desgarradas,  
y estoy con las manos vacías en el rumor de la desembocadura.  
No importa que cada minuto  
un niño nuevo agite sus ramitos de venas,  
ni que el parto de la víbora desatado bajo las ramas  
calme la sed de sangre de los que miran el desnudo.  
Lo que importa es esto: hueco. Mundo solo. Desembocadura.  
Alba no. Fábula inerte.  
Sólo esto: desembocadura.  
Oh esponja mía gris.  
Oh cuello mío recién degollado.  
Oh río grande mío.  
Oh brisa mía de límites que no son míos.  
Oh filo de mi amor. Oh hiriente filo.

*New York, 27 de diciembre de 1929*



CIUDAD SIN SUEÑO

*Nocturno del Brooklyn Bridge*

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.  
No duerme nadie.  
Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.  
Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan  
y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas  
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.  
No duerme nadie.  
Hay un muerto en el cementerio más lejano  
que se queja tres años  
porque tiene un paisaje seco en la rodilla,  
y el niño que enterraron esta mañana lloraba tanto  
que hubo necesidad de llamar a los perros para que callase.

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!  
Nos caemos por las escaleras para comer la tierra húmeda  
o subimos al filo de la nieve con el coro de las dalias muertas.  
Pero no hay olvido, ni sueño.  
Carne viva. Los besos atan las bocas  
en una maraña de venas recientes,  
y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso  
y al que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.

Un día  
Los caballos vivirán en las tabernas



y las hormigas furiosas  
atacarán los cielos amarillos que se refugian en los ojos de las vacas.  
Otro día  
veremos la resurrección de las mariposas disecadas  
y aun andando por un paisaje de esponjas grises y barcos mudos  
veremos brillar nuestro anillo y manar rosas de nuestra lengua.

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!  
A los que guardan todavía huellas de zarpa y aguacero,  
a aquel muchacho que llora porque no sabe la invención del puente,  
o a aquel muerto que ya no tiene más que la cabeza y un zapato,  
hay que llevarlos al muro donde iguanas y serpientes esperan,  
donde espera la dentadura del oso,  
donde espera la mano momificada del niño,  
y la piel del camello se eriza con un violento escalofrío azul.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.  
No duerme nadie.  
Pero si alguien cierra los ojos,  
¡azotadlo!, hijos míos, ¡azotadlo!  
Haya un panorama de ojos abiertos  
y amargas llagas encendidas.  
No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.  
Ya lo he dicho.  
No duerme nadie.  
Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo en las sienes  
abrid los escotillones para que vea bajo la luna  
las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros.



PANORAMA CIEGO DE NUEVA YORK

Si no son los pájaros  
cubiertos de ceniza,  
si no son los gemidos que golpean las ventanas de la boda,  
serán las delicadas criaturas del aire  
que manan la sangre nueva por la oscuridad inextinguible.  
Pero no, no son los pájaros.  
Porque los pájaros están a punto de ser bueyes.  
Pueden ser rocas blancas con la ayuda de la luna  
y son siempre muchachos heridos  
antes de que los jueces levanten la tela.

Todos comprenden el dolor que se relaciona con la muerte  
pero el verdadero dolor no está presente en el espíritu.  
No está en el aire, ni en nuestra vida,  
ni en estas terrazas llenas de humo.  
El verdadero dolor que mantiene despiertas las cosas  
es una pequeña quemadura infinita  
en los ojos inocentes de los otros sistemas.

Un traje abandonado pesa tanto en los hombros  
que muchas veces el cielo los agrupa en ásperas manadas,  
y las que mueren de parto saben en la última hora  
que todo rumor será piedra y toda huella, latido.  
Nosotros ignoramos que el pensamiento tiene arrabales  
donde el filósofo es devorado por los chinos y las orugas



y algunos niños idiotas han encontrado por las cocinas  
pequeñas golondrinas con muletas  
que sabían pronunciar la palabra amor.

No, no son los pájaros.  
No es un pájaro el que expresa la turbia fiebre de laguna,  
ni el ansia de asesinato que nos oprime cada momento,  
ni el metálico rumor de suicidio que nos anima cada madrugada.  
Es una cápsula de aire donde nos duele todo el mundo,  
es un pequeño espacio vivo al loco unisón de la luz,  
es una escala indefinible donde las nubes y rosas olvidan  
el griterío chino que bulle por el desembarcadero de la sangre.

Yo muchas veces me he perdido  
para buscar la quemadura que mantiene despiertas las cosas  
y sólo he encontrado marineros echados sobre las barandillas  
y pequeñas criaturas del cielo enterradas bajo la nieve.  
Pero el verdadero dolor estaba en otras plazas  
donde los peces cristalizados agonizaban dentro de los troncos,  
plazas del cielo extraño, para las antiguas estatuas ilesas  
y para la tierna intimidad de los volcanes.

No hay dolor en la voz. Sólo existen los dientes,  
pero dientes que callarán aislados por el raso negro.  
No hay dolor en la voz. Aquí sólo existe la tierra.  
La tierra con sus puertas de siempre  
que llevan al rubor de los frutos.



#### NACIMIENTO DE CRISTO

Un pastor pide teta por la nieve que ondula  
blancos perros tendidos entre linternas sordas.  
El Cristito de barro se ha partido los dedos  
en los filos eternos de la madera rota.

¡Ya vienen las hormigas y los pies ateridos!  
Dos hilillos de sangre quiebran el cielo duro.  
Los vientres del demonio resuenan por los valles  
golpes y resonancias de carne de molusco.

Lobos y sapos cantan en las hogueras verdes  
coronadas por vivos hormigueros del alba.  
La mula tiene un sueño de grandes abanicos  
y el toro sueña un toro de agujeros y de agua.

El niño llora y mira con un tres en la frente.  
San José ve en el heno tres espinas de bronce.  
Los pañales exhalan un rumor de desierto  
con cítaras sin cuerdas y degolladas voces.

La nieve de Manhattan empuja los anuncios  
y lleva gracia pura por las falsas ojivas.  
Sacerdotes idiotas y querubes de pluma  
van detrás de Lutero por las altas esquinas.





LA AURORA

La aurora de Nueva York tiene  
cuatro columnas de cieno  
y un huracán de negras palomas  
que chapotean las aguas podridas.  
La aurora de Nueva York gime  
por las inmensas escaleras  
buscando entre las aristas  
nardos de angustia dibujada.  
La aurora llega y nadie la recibe en su boca  
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.  
A veces las monedas en enjambres furiosos  
taladran y devoran abandonados niños.  
Los primeros que salen comprenden con sus huesos  
que no habrá paraíso ni amores deshojados;  
saben que van al cieno de números y leyes,  
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.  
La luz es sepultada por cadenas y ruidos  
en impúdico reto de ciencia sin raíces.  
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes  
como recién salidas de un naufragio de sangre.





IV  
POEMAS DEL LAGO EDEN MILLS

*A Eduardo Ugarte*



POEMA DOBLE DEL LAGO EDEN

*Nuestro ganado pace, el viento espira.*

-GARCILASO

Era mi voz antigua,  
ignorante de los densos jugos amargos,  
la que vino lamiendo mis pies  
bajo los frágiles helechos mojados.

¡Ay voz antigua de mi amor!  
Ay voz de mi verdad.  
Ay voz de mi abierto costado,  
cuando todas las rosas manaban de mi lengua  
y el césped no conocía la impasible dentadura del caballo.

Estás aquí bebiendo mi sangre,  
bebiendo mi humor de niño pasado,  
mientras mis ojos se quiebran en el viento  
con el aluminio y las voces de los borrachos.

Déjame pasar la puerta  
donde Eva come hormigas  
y Adán fecunda peces deslumbrados.  
Déjame pasar, hombrecillos de los cuernos,  
al bosque de los desperezos  
y los alegrísimos saltos.



Yo sé el uso más secreto  
que tiene un viejo alfiler oxidado  
y sé del horror de unos ojos despiertos  
sobre la superficie concreta del plato.

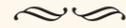
Pero no quiero mundo ni sueño, voz divina,  
quiero mi libertad, mi amor humano  
en el rincón más oscuro de la brisa que nadie quiera.  
¡Mi amor humano!

Esos perros marinos se persiguen  
y el viento acecha troncos descuidados.  
¡Oh voz antigua, quema con tu lengua  
esta voz de hojalata y de talco!

Quiero llorar porque me da la gana,  
como lloran los niños del último banco,  
porque yo no soy un hombre, ni un poeta, ni una hoja,  
pero sí un pulso herido, que sonda las cosas del otro lado.

Quiero llorar diciendo mi nombre,  
rosa, niño y abeto a la orilla de este lago,  
para decir mi verdad de hombre de sangre  
matando en mí la burla y la sugestión del vocablo.

No, no, yo no pregunto, yo deseo,  
voz mía libertada que me lames las manos.



En el laberinto de biombos es mi desnudo el que recibe  
la luna de castigo y el reloj encenizado.

Así hablaba yo.  
Así hablaba yo cuando Saturno detuvo los trenes  
y la bruma y el Sueño y la Muerte me estaban buscando.  
Me estaban buscando,  
allí donde mugen las vacas que tienen patitas de paje,  
y allí donde flota mi cuerpo, entre los equilibrios contrarios.



CIELO VIVO

Yo no podré quejarme  
si no encontré lo que buscaba.  
Cerca de las piedras sin jugo y los insectos vacíos  
no veré el duelo del sol con las criaturas en carne viva.

Pero me iré al primer paisaje  
de choques, líquidos y rumores  
que trasmina a niño recién nacido  
y donde toda superficie es evitada,  
para entender que lo que busco tendrá su blanco de alegría  
cuando yo vuele mezclado con el amor y las arenas.

Allí no llega la escarcha de los ojos apagados  
ni el mugido del árbol asesinado por la oruga.  
Allí todas las formas guardan entrelazadas  
una sola expresión frenética de avance.

No puedes avanzar por los enjambres de corolas  
porque el aire disuelve tus dientes de azúcar.  
Ni puedes acariciar la fugaz hoja del helecho  
sin sentir el asombro definitivo del marfil.

Allí bajo las raíces y en la médula del aire  
se comprende la verdad de las cosas equivocadas.  
El nadador de níquel que acecha la onda más fina  
y el rebaño de vacas nocturnas con rojas patitas de mujer.



Yo no podré quejarme  
si no encontré lo que buscaba,  
pero me iré al primer paisaje de humedades y latidos  
para entender que lo que busco tendrá su blanco de alegría  
cuando yo vuele mezclado con el amor y las arenas.

Vuelo fresco de siempre sobre lechos vacíos,  
sobre grupos de brisas y barcos encallados.  
Tropiezo vacilante por la dura eternidad fija  
y amor al fin sin alba. Amor. ¡Amor visible!

*Eden Mills, Vermont, 24 de agosto de 1929*



BAT

Isabel

V  
EN LA CABAÑA DEL FARMER  
(CAMPO DE NEWBURGH)

*A Concha Méndez  
y Manuel Altolaguirre*



## EL NIÑO STANTON

—Do you like me?

—Yes, and you?

—Yes, yes.

Cuando me quedo solo  
me quedan todavía tus diez años,  
los tres caballos ciegos,  
tus quince rostros con el rostro de la pedrada  
y las fiebres pequeñas heladas sobre las hojas del maíz.  
Stanton. Hijo mío, Stanton.  
A las doce de la noche el cáncer salía por los pasillos  
y hablaba con los caracoles vacíos de los documentos.  
El vivísimo cáncer lleno de nubes y termómetros  
con su casto afán de manzana para que lo piquen los ruiseñores.  
En la casa donde hay un cáncer  
se quiebran las blancas paredes en el delirio de la astronomía  
y por los establos más pequeños y en las cruces de los bosques  
brilla por muchos años el fulgor de la quemadura.  
Mi dolor sangraba por las tardes  
cuando tus ojos eran dos muros.  
Cuando tus manos eran dos países  
y mi cuerpo rumor de hierba.  
Mi agonía buscaba su traje,  
polvorienta, mordida por los perros,  
y tú la acompañaste sin temblar  
hasta la puerta del agua oscura.



¡Oh mi Stanton idiota y bello entre los pequeños animalitos!,  
con tu madre fracturada por los herreros de las aldeas,  
con un hermano bajo los arcos,  
otro comido por los hormigueros,  
¡y el cáncer sin alambradas latiendo por las habitaciones!  
Hay nodrizas que dan a los niños  
ríos de musgo y amargura de pie  
y algunas negras suben a los pisos para repartir filtro de rata.  
Porque es verdad que la gente  
quiere echar las palomas a las alcantarillas  
y yo sé lo que esperan los que por la calle  
nos oprimen de pronto las yemas de los dedos.

Tu ignorancia es un monte de leones, Stanton.  
El día que el cáncer te dio una paliza  
y te escupió en el dormitorio donde murieron los huéspedes en la epidemia  
y abrió su quebrada rosa de vidrios secos y manos blandas  
para salpicar de lodo las pupilas de los que navegan,  
tú buscaste en la hierba mi agonía,  
mi agonía con flores de terror,  
mientras que el agrio cáncer mudo que quiere acostarse contigo  
pulverizaba rojos paisajes por las sábanas de amargura  
y ponía sobre los ataúdes  
helados arbolitos de ácido bórico.  
Stanton, vete al bosque con tus arpas judías,  
vete para aprender celestiales palabras  
que duermen en los troncos, en nubes, en tortugas,  
en los perros dormidos, en el plomo, en el viento,



en lirios que no duermen, en aguas que no copian,  
para que aprendas, hijo, lo que tu pueblo olvida.  
Cuando empiece el tumulto de la guerra  
dejaré un pedazo de queso para tu perro en la oficina.  
Tus diez años serán las hojas  
que vuelan en los trajes de los muertos,  
diez rosas de azufre débil  
en el hombro de mi madrugada.  
Y yo, Staton, yo solo, en olvido,  
con tus caras marchitas sobre mi boca,  
iré penetrando a voces las verdes estatuas de la Malaria.



VACA

*A Luis Lacasa*

Se tendió la vaca herida.  
Árboles y arroyos trepaban por sus cuernos.  
Su hocico sangraba en el cielo.

Su hocico de abejas  
bajo el bigote lento de la baba.  
Un alarido blanco puso en pie la mañana.

Las vacas muertas y las vivas,  
rubor de luz o miel de establo,  
balaban con los ojos entornados.

Que se enteren las raíces  
y aquel niño que afila su navaja  
de que ya se pueden comer la vaca.

Arriba palidecen  
luces y yugulares.  
Cuatro pezuñas tiemblan en el aire.

Que se entere la luna  
y esa noche de rocas amarillas  
que ya se fue la vaca de ceniza.

Que ya se fue balando  
por el derribo de los cielos yertos,  
donde meriendan muerte los borrachos.





NIÑA AHOGADA EN EL POZO

*Granada y Newburgh*

Las estatuas sufren con los ojos por la oscuridad de los ataúdes,  
pero sufren mucho más por el agua que no desemboca.  
...que no desemboca.

El pueblo corría por las almenas rompiendo las cañas de los pescadores.  
¡Pronto! ¡Los bordes! ¡De prisa! Y croaban las estrellas tiernas.  
... que no desemboca.

Tranquila en mi recuerdo, astro, círculo, meta,  
lloras por las orillas de un ojo de caballo.  
... que no desemboca.

Pero nadie en lo oscuro podrá darte distancias  
sin afilado límite: porvenir de diamante.  
... que no desemboca

Mientras la gente busca silencios de almohada  
tú lates para siempre definida en tu anillo.  
... que no desemboca.

Eterna en los finales de unas ondas que aceptan  
combate de raíces y soledad prevista.  
... que no desemboca.



¡Ya vienen por las rampas! ¡Levántate del agua!  
¡Cada punto de luz te dará una cadena!  
... que no desemboca.

Pero el pozo te alarga manecitas de musgo,  
insospechada ondina de su casta ignorancia.  
... que no desemboca.

No, que no desemboca. Agua fija en un punto.  
Respirando con todos sus violines sin cuerdas  
en la escala de las heridas y los edificios deshabitados.  
¡Agua que no desemboca!



VI  
INTRODUCCIÓN A LA MUERTE  
(POEMAS DE LA SOLEDAD EN VERMONT)

*Para Rafael Sánchez Ventura*



BAT

MARTÍN GIL GÓNEZ



MUERTE

*A Isidoro de Blas*

Qué esfuerzo,  
 qué esfuerzo del caballo  
 por ser perro,  
 qué esfuerzo del perro por ser golondrina,  
 qué esfuerzo de la golondrina por ser abeja,  
 qué esfuerzo de la abeja por ser caballo.  
 Y el caballo,  
 ¡qué flecha aguda exprime de la rosa!,  
 ¡qué rosa gris levanta de su belfo!;  
 y la rosa,  
 qué rebaño de luces y alaridos  
 ata en el vivo azúcar de su tronco;  
 y el azúcar,  
 ¡qué puñalitos sueña en su vigilia!;  
 y los puñales diminutos,  
 ¡qué luna sin establos!, ¡qué desnudos!,  
 piel eterna y rubor, andan buscando.  
 Y yo, por los aleros,  
 qué serafín de llamas busco y soy;  
 pero el arco de yeso,  
 ¡qué grande, qué invisible, qué diminuto!,  
 sin esfuerzo.



NOCTURNO DEL HUECO

I

*Para ver que todo se ha ido,  
 para ver los huecos y los vestidos,  
 ¡dame tu guante de luna,  
 tu otro guante de hierba,  
 amor mío!*

Puede el aire arrancar los caracoles  
 muertos sobre el pulmón del elefante  
 y soplar los gusanos ateridos  
 de las yemas de luz o de las manzanas.

Los rostros bogan impasibles  
 bajo el diminuto griterío de las hierbas  
 y en el rincón está el pechito de la rana  
 turbio de corazón y mandolina.

En la gran plaza desierta  
 mugía la bovina cabeza recién cortada  
 y eran duro cristal definitivo  
 las formas que buscaban el giro de la sierpe.

*Para ver que todo se ha ido,  
 dame tu mudo hueco, ¡amor mío!*



*Nostalgia de academia y cielo triste.*

*¡Para ver que todo se ha ido!*

Dentro de ti, amor mío, por tu carne,

¡qué silencio de trenes boca arriba!,

¡cuánto brazo de momia florecido!,

¡qué cielo sin salida, amor, qué cielo!

Es la piedra en el agua y es la voz en la brisa  
bordes de amor que escapan de su tronco sangrante.

Basta tocar el pulso de nuestro amor presente  
para que broten flores sobre los otros niños.

*Para ver que todo se ha ido,*

*para ver los huecos de nubes y ríos,*

*dame tus manos de laurel, amor,*

*¡Para ver que todo se ha ido!*

Ruedan los huecos puros, por mí, por ti, en el alba,  
conservando las huellas de las ramas de sangre  
y algún perfil de yeso tranquilo que dibuja  
instantáneo dolor de luna apuntillada.

Mira formas concretas que buscan su vacío,  
perros equivocados y manzanas mordidas.

Mira el ansia, la angustia de un triste mundo fósil  
que no encuentra el acento de su primer sollozo.



Cuando busco en la cama los rumores del hilo,  
has venido, amor mío, a cubrir mi tejado.  
El hueco de una hormiga puede llenar el aire  
pero tú vas gimiendo sin norte por mis ojos.

No, por mis ojos no, que ahora me enseñas  
cuatro ríos ceñidos en tu brazo,  
en la dura barraca donde la luna prisionera  
devora a un marinero delante de los niños.

*Para ver que todo se ha ido,*

*¡amor inexpugnable, amor huido!*

*No, no me des tu hueco,*

*¡que ya va por el aire el mío!*

*¡Ay de ti, ay de mí, de la brisa!*

*Para ver que todo se ha ido.*

## II

Yo.

Con el hueco blanquísimo de un caballo,  
crines de ceniza. Plaza pura y doblada.

Yo.

Mi hueco traspasado con las axilas rotas.  
Piel seca de uva neutra y amianto de madrugada.



*Toda la luz del mundo cabe dentro de un ojo.  
Canta el gallo y su canto dura más que sus alas.*

Yo.  
Con el hueco blanquísimo de un caballo.  
Rodeado de espectadores que tienen hormigas en las palabras.

En el circo del frío sin perfil mutilado.  
Por los capiteles rotos de las mejillas desangradas.

Yo.  
Mi hueco sin ti, ciudad, sin tus muertos que comen,  
ecuestre por mi vida definitivamente anclada.  
Yo.

*No hay siglo nuevo ni luz reciente.  
Sólo un caballo azul y una madrugada.*



PAISAJE CON DOS TUMBAS Y UN PERRO ASIRIO

Amigo:  
Levántate para que oigas aullar  
al perro asirio.  
Las tres ninfas del cáncer han estado bailando,  
hijo mío.  
Trajeron unas montañas de lacre rojo  
y unas sábanas duras donde estaba el cáncer dormido.  
El caballo tenía un ojo en el cuello  
y la luna estaba en un cielo tan frío  
que tuvo que desgarrar su monte de Venus  
y ahogar en sangre y ceniza los cementerios antiguos.

Amigo:  
Despierta, que los montes todavía no respiran  
y las hierbas de mi corazón están en otro sitio.  
No importa que estés lleno de agua de mar.  
Yo amé mucho tiempo a un niño  
que tenía una plumilla en la lengua  
y vivimos cien años dentro de un cuchillo.  
Despierta. Calla. Escucha. Incorporate un poco.  
El aullido  
es una larga lengua morada que deja  
hormigas de espanto y licor de lirios.  
Ya viene hacia la roca. ¡No alargues tus raíces!  
Se acerca. Gime. No solloces en sueños, amigo.

¡Amigo!  
Levántate para que oigas aullar  
al perro asirio.





RUINA

*A Regino Sáinz de la Maza*

Sin encontrarse.  
Viajero por su propio torso blanco.  
¡Así iba el aire!

Pronto se vio que la luna  
era una calavera de caballo  
y el aire una manzana oscura.

Detrás de la ventana,  
con látigos y luces, se sentía  
la lucha de la arena con el agua.

Yo vi llegar las hierbas  
y les eché un cordero que balaba  
bajo sus dientecillos y lancetas.

Volaba dentro de una gota  
la cáscara de pluma y celuloide  
de la primer paloma.

Vienen las hierbas, hijo;  
ya suenan sus espadas de saliva  
por el cielo vacío.



Mi mano, amor. ¡Las hierbas!  
Por los cristales rotos de la casa  
la sangre desató sus cabelleras.

Tú solo y yo quedamos;  
prepara tu esqueleto para el aire.  
Yo solo y tú quedamos.

Prepara tu esqueleto;  
hay que buscar ¡de prisa!, ¡amor!, ¡de prisa!,  
nuestro perfil sin sueño.





## AMANTES ASESINADOS POR UNA PERDIZ

—Los dos lo han querido —me dijo su madre—. Los dos...

—No es posible, señora —dije yo—. Usted tiene demasiado temperamento y a su edad ya se sabe por qué caen los alfileres del rocío.

—Calle usted, Luciano, calle usted...

—No, no, Luciano no. Para resistir este nombre, necesito contener el dolor de mis recuerdos. ¿Y usted cree que aquella pequeña dentadura y esa mano de niño que se han dejado olvidadas dentro de la ola me pueden consolar de esta tristeza?

—Los dos lo han querido —me dijo su prima—. Los dos.

Me puse a mirar el mar y lo comprendí todo.

¿Será posible que del pico de esa paloma cruelísima que tiene corazón de elefante salga la palidez lunar de aquel trasatlántico que se aleja?

—Recuerdo que tuve que hacer varias veces uso de mi cuchara para defenderme de los lobos. Yo no tenía culpa ninguna; usted lo sabe. ¡Dios mío! Estoy llorando.

—Los dos lo han querido —dije yo—. Los dos. Una manzana será siempre un amante, pero un amante no podrá ser jamás una manzana.

—Por eso se han muerto. Por eso. Con veinte ríos y un solo invierno desgarrado.

---

Fue muy sencillo. Se amaban por encima de todos los museos.

Mano derecha,  
con mano izquierda.

Mano izquierda,

con mano derecha.

Pie derecho,

con pie derecho.

Pie izquierdo,

con nube.

Cabello,

con planta de pie,

Planta del pie,

con mejilla izquierda.

¡Oh mejilla izquierda! ¡Oh noroeste de barquitos y hormigas de mercurio!... Dame el pañuelo, Genoveva, voy a llorar... Voy a llorar hasta que de mis ojos salga una muchedumbre de siemprevivas...

Se acostaban.

No había otro espectáculo más tierno...

¿Me ha oído usted?

¡Se acostaban!

Muslo izquierdo,

con antebrazo izquierdo.

Ojos cerrados,

con uñas abiertas.

Cintura, con nuca,

y con playa.

Y las cuatro orejitas eran cuatro ángeles en la choza de la nieve. Se querían. Se amaban. A pesar de la Ley de la gravedad. La diferencia que existe entre una espina de rosa y una Star es sencillísima.

Cuando descubrieron esto, se fueron al campo.

Se amaban.

¡Dios mío! Se amaban ante los ojos de los químicos.



Espalda, con tierra,  
tierra, con anís.  
Luna, con hombro dormido.  
Y las cinturas se entrecruzaban con un rumor de vidrios.  
Yo vi temblar sus mejillas cuando los profesores de la Universidad les traían hiel y vinagre en una esponja diminuta. Muchas veces tenían que espantar a los perros que gemían por las yedras blanquísimas del lecho. Pero ellos se amaban.

Eran un hombre y una mujer,  
o sea,  
un hombre  
y un pedacito de tierra,  
un elefante  
y un niño,  
un niño y un junco.  
Eran dos mancebos desmayados  
y una pierna de níquel.  
¡Eran los barqueros!  
Sí.

Eran los terribles barqueros del Guadiana que machacan con sus remos todas las rosas del mundo.

El viejo marino escupió el tabaco de su boca y dio grandes voces para espantar a las gaviotas. Pero ya era demasiado tarde.

Cuando las mujeres enlutadas llegaron a la casa del Gobernador, éste comía tranquilamente almendras verdes y pescados fríos en un exquisito plato de oro. Era preferible no haber hablado con él.

En las islas Azores.



Casi no puedo llorar.  
Yo puse dos telegramas, pero desgraciadamente ya era tarde.  
Muy tarde.  
Solo sé decirlos que dos niños que pasaban por la orilla del bosque vieron una perdiz que echaba un hilito de sangre por el pico.  
Ésta es la causa, querido capitán, de mi extraña melancolía.





LUNA Y PANORAMA DE LOS INSECTOS

*Poema de amor*

*La luna en el mar riela,  
en la lona gime el viento,  
y alza en blando movimiento  
olas de plata y azul.*

*-ESPRONCEDA*

Mi corazón tendría la forma de un zapato  
si cada aldea tuviera una sirena.  
Pero la noche es interminable cuando se apoya en los enfermos  
y hay barcos que buscan ser mirados para poder hundirse tranquilos.

Si el aire sopla blandamente  
mi corazón tiene la forma de una niña.  
Si el aire se niega a salir de los cañaverales  
mi corazón tiene la forma de una milenaria boñiga de toro.

¡Bogar!, bogar, bogar, bogar,  
hacia el batallón de puntas desiguales,  
hacia un paisaje de acechos pulverizados.  
Noche igual de la nieve, de los sistemas suspendidos.  
Y la luna.  
¡La luna!  
Pero no la luna.  
La raposa de las tabernas.  
El gallo japonés que se comió los ojos.  
Las hierbas masticadas.  
No nos salvan las solitarias en los vidrios



ni los herbolarios donde el metafísico  
encuentra las otras vertientes del cielo.  
Son mentira las formas. Sólo existe  
el círculo de bocas del oxígeno.  
Y la luna.  
Pero no la luna.  
Los insectos.  
Los muertos diminutos por las riberas.  
Dolor en longitud.  
Yodo en un punto.  
Las muchedumbres en el alfiler.  
El desnudo que amasa la sangre de todos  
y mi amor que no es un caballo ni una quemadura.  
Criatura de pecho devorado.  
¡Mi amor!

Ya cantan, gritan, gimen: *Rostro. ¡Tu rostro! Rostro.*  
*Las manzanas son unas.*  
*Las dalias son idénticas.*  
*La luz tiene un sabor de metal acabado*  
*y el campo de todo un lustro cabrá en la mejilla de la moneda.*  
*Pero tu rostro cubre los cielos del banquete.*  
¡Ya cantan!, ¡gritan!, ¡gimen!,  
¡cubren!, ¡trepan!, ¡espantan!

Es necesario caminar, ¡de prisa!, por las ondas, por las ramas,  
por las calles deshabitadas de la Edad Media que bajan al río,  
por las tiendas de las pieles donde suena un cuerno de vaca herida,  
por las escalas, ¡sin miedo!, por las escalas.  
Hay un hombre descolorido que se está bañando en el mar;  
es tan tierno que los reflectores le comieron, jugando, el corazón,



y en el Perú viven mil mujeres, ¡oh insectos!, que noche y día  
hacen nocturnos y desfiles entrecruzando sus propias venas.

Un diminuto guante corrosivo me detiene. ¡Basta!  
En mi pañuelo he sentido el tris  
de la primera vena que se rompe.  
Cuida tus pies, ¡amor mío!, ¡tus manos!,  
ya que yo tengo que entregar mi rostro,  
¡Mi rostro! Mi rostro. ¡Ay mi comido rostro!

Este fuego casto para mi deseo.  
Esta confusión por anhelo de equilibrio.  
Este inocente dolor de pólvora en mis ojos  
aliviara la angustia de otro corazón  
devorado por las nebulosas.

No nos salva la gente de las zapaterías  
ni los paisajes que se hacen música al encontrar las llaves oxidadas.  
Son mentira los aires. Sólo existe  
una cunita en el desván  
que recuerda todas las cosas.  
Y la luna.  
Pero no la luna.  
Los insectos.  
Los insectos solos,  
crepitantes, mordientes, estremecidos, agrupados,  
y la luna  
con un guante de humo sentada en la puerta de sus derribos.  
¡¡La luna!!

*New York, 4 de enero de 1930*

## VII VUELTA A LA CIUDAD

*Para Antonio Hernández Soriano*



NEW YORK

*Oficina y denuncia*

*A Fernando Vela*

Debajo de las multiplicaciones  
hay una gota de sangre de pato;  
debajo de las divisiones  
hay una gota de sangre de marinero;  
debajo de las sumas, un río de sangre tierna.  
Un río que viene cantando  
por los dormitorios de los arrabales,  
y es plata, cemento o brisa  
en el alba mentida de New York.  
Existen las montañas. Lo sé.  
Y los anteojos para la sabiduría.  
Lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.  
Yo he venido para ver la turbia sangre,  
la sangre que lleva las máquinas a las cataratas  
y el espíritu a la lengua de la cobra.  
Todos los días se matan en New York  
cuatro millones de patos,  
cinco millones de cerdos,  
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes,  
un millón de vacas,  
un millón de corderos  
y dos millones de gallos,



que dejan los cielos hechos añicos.  
Más vale sollozar afilando la navaja  
o asesinar a los perros en las alucinantes cacerías,  
que resistir en la madrugada  
los interminables trenes de leche,  
los interminables trenes de sangre  
y los trenes de rosas maniatadas  
por los comerciantes de perfumes.  
Los patos y las palomas  
y los cerdos y los corderos  
ponen sus gotas de sangre  
debajo de las multiplicaciones,  
y los terribles alaridos de las vacas estrujadas  
llenan de dolor el valle  
donde el Hudson se emborracha con aceite.

Yo denuncio a toda la gente  
que ignora la otra mitad,  
la mitad irredimible  
que levanta sus montes de cemento  
donde laten los corazones  
de los animalitos que se olvidan  
y donde caeremos todos  
en la última fiesta de los taladros.  
Os escupo en la cara.  
La otra mitad me escucha  
devorando, cantando, volando, en su pureza  
como los niños de las porterías  
que llevan frágiles palitos  
a los huecos donde se oxidan



las antenas de los insectos.  
 No es el infierno, es la calle.  
 No es la muerte. Es la tienda de frutas.  
 Hay un mundo de ríos quebrados y distancias inasibles  
 en la patita de ese gato quebrada por el automóvil,  
 y yo oigo el canto de la lombriz  
 en el corazón de muchas niñas.  
 Óxido, fermento, tierra estremecida.  
 Tierra tú mismo que nadas por los números de la oficina.  
 ¿Qué voy a hacer? ¿Ordenar los paisajes?  
 ¿Ordenar los amores que luego son fotografías?  
 Que luego son pedazos de madera y bocanadas de sangre.  
 No, no; yo denuncio,  
 yo denuncio la conjura  
 de estas desiertas oficinas  
 que no radian las agonías,  
 que borran los programas de la selva,  
 y me ofrezco a ser comido por las vacas estrujadas  
 cuando sus gritos llenan el valle  
 donde el Hudson se emborracha con aceite.



CEMENTERIO JUDÍO

Las alegres fiebres huyeron a las maromas de los barcos  
 y el judío empujó la verja con el pudor helado del interior de la lechuga.

Los niños de Cristo dormían,  
 y el agua era una paloma,  
 y la madera era una garza,  
 y el plomo era un colibrí,  
 y aun las vivas prisiones de fuego  
 estaban consoladas por el salto de la langosta.

Los niños de Cristo bogaban y los judíos llenaban los muros  
 con un solo corazón de paloma  
 por el que todos querían escapar.  
 Las niñas de Cristo cantaban y las judías miraban la muerte  
 con un solo ojo de faisán  
 vidriado por la angustia de un millón de paisajes.

Los médicos ponen en el níquel sus tijeras y guantes de goma  
 cuando los cadáveres sienten en los pies  
 la terrible claridad de otra luna enterrada.  
 Pequeños dolores ilesos se acercan a los hospitales  
 y los muertos se van quitando un traje de sangre cada día.

Las arquitecturas de escarcha,  
 las liras y gemidos que se escapan de las hojas diminutas



al otoño, mojando las últimas vertientes,  
se apagaban en el negro de los sombreros de copa.

La hierba celeste y sola de la que huye con miedo el rocío  
y las blancas entradas de mármol que conducen al aire duro  
mostraban su silencio roto por las huellas dormidas de los zapatos.

El judío empujó la verja,  
pero el judío no era un puerto  
y las barcas de nieve se agolparon  
por las escalerillas de su corazón.  
Las barcas de nieve que acechan  
un hombre de agua que las ahogue,  
las barcas de los cementerios  
que a veces dejan ciegos a los visitantes.

Los niños de Cristo dormían  
y el judío ocupó su litera.  
Tres mil judíos lloraban en el espanto de las galerías  
porque reunían entre todos con esfuerzo media paloma,  
porque uno tenía la rueda de un reloj,  
y otro un botín con orugas parlantes,  
y otro una lluvia nocturna cargada de cadenas,  
y otro la uña de un ruiseñor que estaba vivo,  
y porque la media paloma gemía  
derramando una sangre que no era la suya.

Las alegres fiebres bailaban por las cúpulas humedecidas  
y la luna copiaba en su mármol

nombres viejos y cintas ajadas.  
Llegó la gente que come por detrás de las yertas columnas  
y los asnos de blancos dientes  
con los especialistas de las articulaciones.  
Verdes girasoles temblaban  
por los páramos del crepúsculo  
y todo el cementerio era una queja  
de bocas de cartón y trapo seco.  
Ya los niños de Cristo se dormían  
cuando el judío apretando los ojos  
se cortó las manos en silencio  
al escuchar los primeros gemidos.

*New York, 18 de enero de 1930*



## CRUCIFIXIÓN

La luna pudo detenerse al fin [por] la curva blanquísima de los caballos.  
Un rayo de luz violenta que se escapaba de la herida  
proyectó en el cielo el instante de la circuncisión de un niño muerto.

La sangre bajaba por el monte y los ángeles la buscaban,  
pero los cálices eran de viento y al fin llenaba los zapatos.  
Perros fumaban sus pipas y un olor de cuero caliente  
ponía grises los labios redondos de los que vomitaban en las esquinas.  
Y llegaban largos alaridos por el sur de la noche seca.  
Era que la luna quemaba con sus bujías el falo de los caballos.

Un sastre especialista en púrpura  
había encerrado a las tres santas mujeres  
y les enseñaba una calavera por [los] vidrios de la ventana.  
Los niños en el arrabal rodeaban a un camello blanco  
que lloraba asustado porque al alba  
tenía que pasar sin remedio por el ojo de una aguja.  
¡Oh cruz! ¡Oh esclavos! ¡Oh espina!



¡Oh espina clavada en el hueso hasta que se oxiden los planetas!  
Como nadie volvía la cabeza, el cielo pudo desnudarse;  
entonces se oyó la gran voz y los fariseos dijeron:  
«Esa maldita vaca tiene las tetas llenas de leche».

La muchedumbre cerraba las puertas  
y la lluvia bajaba por las calles decidida a mojar el co[razón]  
mientras la tarde se puso turbia de latidos y leñadores  
y la oscura ciudad agonizaba bajo el martillo de los carpinteros.  
«Esa maldita vaca  
tiene las tetas llenas de perdigones»,  
dijeron los fariseos.  
Pero la sangre mojó sus pies y los espíritus inmundos  
estrellaban ampollas de laguna sobre las paredes del templo.  
Se supo el momento preciso de la salvación de nuestra vida  
porque la luna lavó con agua  
las quemaduras de los caballos  
y no la niña viva que callaron en la arena.  
Entonces salieron los fríos cantando sus canci[ones]  
y las ranas encendieron sus lumbres en la doble orilla del r[ío].  
«Esa maldita vaca, maldita, maldita, maldita,



no nos dejará dormir», dijeron los fariseos,  
y se alejaron a sus casas por el tumulto de la calle  
dando empujones a los borrachos y escupiendo la sal de los sacrificios  
mientras la sangre los seguía con un balido de cordero.

Fue entonces  
y la tierra despertó arrojando temblorosos ríos de polilla.

*Nueva York, 18 de octubre de 1929*

## VIII DOS ODAS

*A mi editor Armando Guibert*



GRITO HACIA ROMA

*Desde la torre del Chrysler Building*

Manzanas levemente heridas  
 por finos espadines de plata,  
 nubes rasgadas por una mano de coral  
 que lleva en el dorso una almendra de fuego,  
 peces de arsénico como tiburones,  
 tiburones como gotas de llanto para cegar una multitud,  
 rosas que hieren  
 y agujas instaladas en los caños de la sangre,  
 mundos enemigos y amores cubiertos de gusanos  
 caerán sobre ti. Caerán sobre la gran cúpula  
 que untan de aceite las lenguas militares,  
 donde un hombre se orina en una deslumbrante paloma  
 y escupe carbón machacado  
 rodeado de miles de campanillas.

Porque ya no hay quien reparta el pan ni el vino,  
 ni quien cultive hierbas en la boca del muerto,  
 ni quien abra los linos del reposo,  
 ni quien llore por las heridas de los elefantes.  
 No hay más que un millón de herreros  
 forjando cadenas para los niños que han de venir.  
 No hay más que un millón de carpinteros  
 que hacen ataúdes sin cruz.  
 No hay más que un gentío de lamentos



que se abren las ropas en espera de la bala.  
 El hombre que desprecia la paloma debía hablar,  
 debía gritar desnudo entre las columnas  
 y ponerse una inyección para adquirir la lepra  
 y llorar un llanto tan terrible  
 que disolviera sus anillos y sus teléfonos de diamante.  
 Pero el hombre vestido de blanco  
 ignora el misterio de la espiga,  
 ignora el gemido de la parturienta,  
 ignora que Cristo puede dar agua todavía,  
 ignora que la moneda quema el beso de prodigio  
 y da la sangre del cordero al pico idiota del faisán.

Los maestros enseñan a los niños  
 una luz maravillosa que viene del monte,  
 pero lo que llega es una reunión de cloacas  
 donde gritan las oscuras ninfas del cólera.  
 Los maestros señalan con devoción las enormes cúpulas sahumadas,  
 pero debajo de las estatuas no hay amor,  
 no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.  
 El amor está en las carnes desgarradas por la sed,  
 en la choza diminuta que lucha con la inundación;  
 el amor está en los fosos donde luchan las sierpes del hambre,  
 en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas  
 y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas.

Pero el viejo de las manos traslúcidas  
 dirá: Amor, amor, amor,



aclamado por millones de moribundos;  
dirá: Amor, amor, amor,  
entre el tisú estremecido de ternura;  
dirá: Paz, paz, paz,  
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;  
dirá: Amor, amor, amor,  
hasta que se le pongan de plata los labios.

Mientras tanto, mientras tanto, ¡ay!, mientras tanto,  
los negros que sacan las escupideras,  
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,  
las mujeres ahogadas en aceites minerales,  
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,  
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el muro,  
ha de gritar frente a las cúpulas,  
ha de gritar loca de fuego,  
ha de gritar loca de nieve,  
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,  
ha de gritar como todas las noches juntas,  
ha de gritar con voz tan desgarrada  
hasta que las ciudades tiemblen como niñas  
y rompan las prisiones del aceite y la música,  
porque queremos el pan nuestro de cada día,  
flor de aliso y perenne ternura desgranada,  
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra  
que da sus frutos para todos.



ODA A WALT WHITMAN

Por el East River y el Bronx  
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas,  
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.  
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas  
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,  
ninguno quería ser el río,  
ninguno amaba las hojas grandes,  
ninguno, la lengua azul de la playa.

Por el East River y el Queensborough  
los muchachos luchaban con la industria,  
y los judíos vendían al fauno del río  
la rosa de la circuncisión,  
y el cielo desembocaba por los puentes y los tejados  
manadas de bisontes empujadas por el viento.

Pero ninguno se detenía,  
ninguno quería ser nube,  
ninguno buscaba los helechos  
ni la rueda amarilla del tamboril.

Cuando la luna salga  
las poleas rodarán para tumbar el cielo,



un límite de agujas cercará la memoria  
y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan.

Nueva York de cieno,  
Nueva York de alambre y de muerte.  
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?  
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?  
¿Quién, el sueño terrible de tus anémonas manchadas?

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,  
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,  
ni tus hombros de pana gastados por la luna,  
ni tus muslos de Apolo virginal,  
ni tu voz como una columna de ceniza;  
anciano hermoso como la niebla,  
que gemías igual que un pájaro  
con el sexo atravesado por una aguja,  
enemigo del sátiro,  
enemigo de la vida,  
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.

Ni un solo momento, hermosura viril,  
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles  
soñabas ser un río y dormir como un río  
con aquel camarada que pondría en tu pecho  
un pequeño dolor de ignorante leopardo.



Ni un solo momento, Adán de sangre, Macho,  
hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whitman,  
porque por las azoteas,  
agrupados en los bares,  
saliendo en racimos de las alcantarillas,  
temblando entre las piernas de los chauffeurs  
o girando en las plataformas del ajeno,  
los maricas, Walt Whitman, te señalan.

¡También ése! ¡También! Y se despeñan  
sobre tu barba luminosa y casta  
rubios del Norte, negros de la arena,  
muchedumbres de gritos y ademanes  
como los gatos y como las serpientes,  
los maricas, Walt Whitman, los maricas,  
turbios de lágrimas, carne para fusta,  
bota o mordisco de los domadores.

¡También ése! ¡También! Dedos teñidos  
apuntan a la orilla de tu sueño  
cuando el amigo come tu manzana  
con un leve sabor de gasolina  
y el sol canta por los ombligos  
de los muchachos que juegan bajo los puentes.



Pero tú no buscabas los ojos arañados,  
ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños,  
ni la saliva helada,  
ni las curvas heridas como panza de sapo  
que llevan los maricas en coches y terrazas  
mientras la luna los azota por las esquinas del terror.

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río.  
Toro y sueño que junte la rueda con el alga,  
padre de tu agonía, camelia de tu muerte,  
y gimiera en las llamas de tu Ecuador oculto.

Porque es justo que el hombre no busque su deleite  
en la selva de sangre de la mañana próxima.  
El cielo tiene playas donde evitar la vida  
y hay cuerpos que no deben repetirse en la Aurora.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.  
Éste es el mundo, amigo, agonía, agonía.  
Los muertos se descomponen bajo el reloj de las ciudades,  
la guerra pasa llorando con un millón de ratas grises,  
los ricos dan a sus queridas  
pequeños moribundos iluminados,  
y la Vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

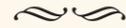


Puede el hombre, si quiere, conducir su deseo  
por vena de coral o celeste desnudo;  
mañana los amores serán rocas y el Tiempo  
una brisa que viene dormida por las ramas.

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whitman,  
contra el niño que escribe  
nombre de niña en su almohada;  
ni contra el muchacho que se viste de novia  
en la oscuridad del ropero;  
ni contra los solitarios de los casinos  
que beben con asco el agua de la prostitución;  
ni contra los hombres de mirada verde  
que aman al hombre y queman sus labios en silencio.

Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,  
de carne tumefacta y pensamiento inmundo.  
Madres de lodo. Arpías. Enemigos sin sueño  
del Amor que reparte coronas de alegría.

Contra vosotros siempre, que dais a los muchachos  
gotas de sucia muerte con amargo veneno.  
Contra vosotros siempre,  
«Faeries» de Norteamérica,



«Pájaros» de La Habana,  
«Jotos» de Méjico,  
«Sarasas» de Cádiz,  
«Apios» de Sevilla,  
«Cancos» de Madrid,  
«Floras» de Alicante,  
«Adelaidas» de Portugal.

¡Maricas de todo el Mundo, asesinos de palomas!  
Esclavos de la mujer. Perras de sus tocadores.  
Abiertos en las plazas, con fiebre de abanico  
o emboscados en yertos paisajes de cicuta.

¡No haya cuartel! La muerte  
mana de vuestros ojos  
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.  
¡No haya cuartel! ¡¡Alerta!!  
Que los confundidos, los puros,  
los clásicos, los señalados, los suplicantes  
os cierren las puertas de la bacanal.

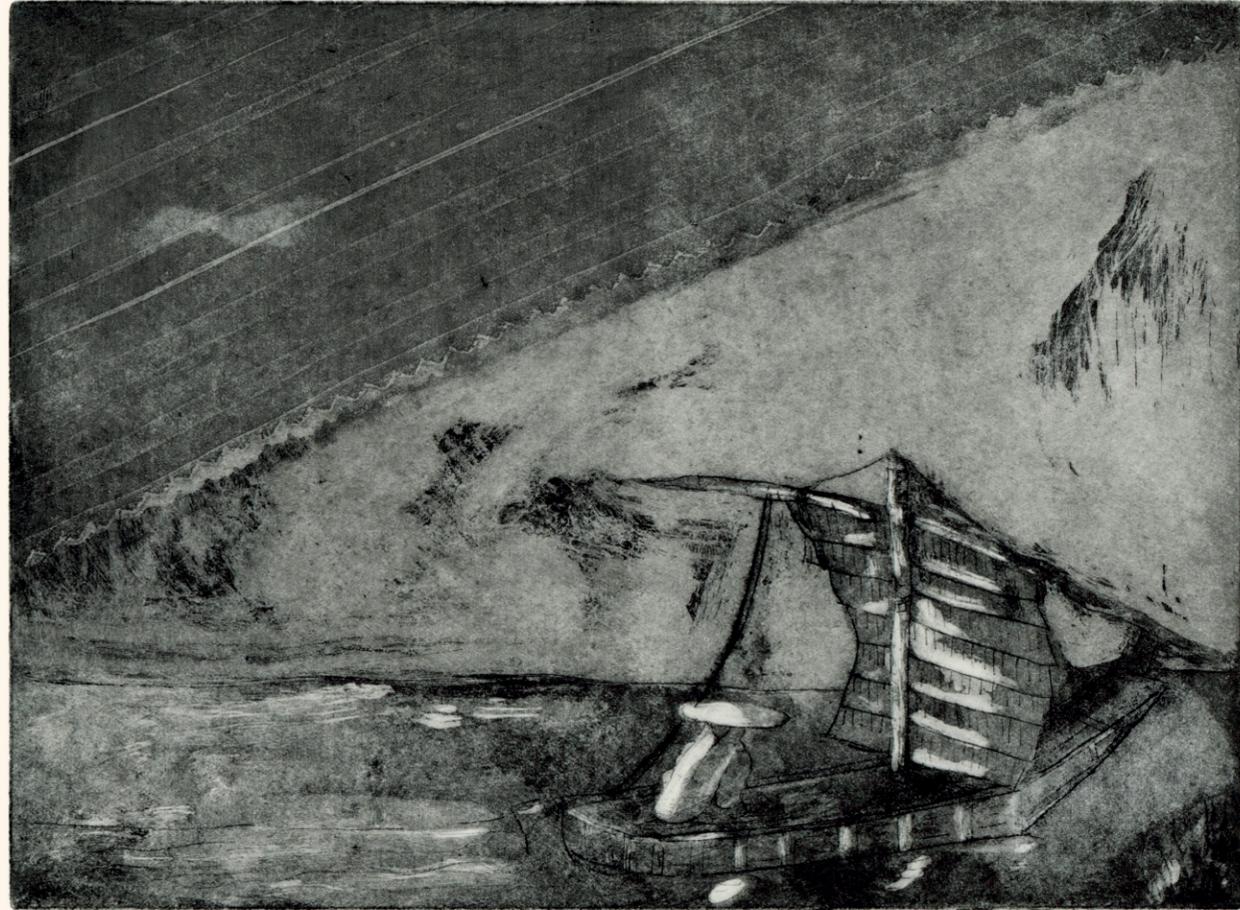


Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson  
con la barba hacia el Polo y las manos abiertas.  
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando  
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.

Duerme: No queda nada.  
Una danza de muros agita las praderas  
y América se anega de máquinas y llanto.  
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda  
quite flores y letras del arco donde duermes  
y un niño negro anuncie a los blancos del oro  
la llegada del reino de la espiga.



IX  
HUIDA DE NUEVA YORK  
(DOS VALSES HACIA LA CIVILIZACIÓN)



P.A

Auxi Villobres



PEQUEÑO VALS VIENÉS

En Viena hay diez muchachas,  
un hombro donde solloza la muerte  
y un bosque de palomas disecadas.  
Hay un fragmento de la mañana  
en el museo de la escarcha.  
Hay un salón con mil ventanas.  
¡Ay, ay, ay, ay!  
Toma este vals con la boca cerrada.

Este vals, este vals, este vals,  
de sí, de muerte y de coñac,  
que moja su cola en el mar.

Te quiero, te quiero, te quiero,  
con la butaca y el libro muerto,  
por el melancólico pasillo,  
en el oscuro desván del lirio,  
en nuestra cama de la luna  
y en la danza que sueña la tortuga.  
¡Ay, ay, ay, ay!  
Toma este vals de quebrada cintura.

En Viena hay cuatro espejos  
donde juegan tu boca y los ecos.  
Hay una muerte para piano



que pinta de azul a los muchachos,  
hay mendigos por los tejados,  
hay frescas guirnaldas de llanto.  
¡Ay, ay, ay, ay!  
Toma este vals que se muere en mis brazos.

Porque te quiero, te quiero, amor mío,  
en el desván donde juegan los niños.  
Soñando viejas luces de Hungría  
por los rumores de la tarde tibia.  
Viendo ovejas y lirios de nieve  
por el silencio oscuro de tu frente.  
¡Ay, ay, ay, ay!  
Tomo este vals del «te quiero siempre».

En Viena bailaré contigo  
con un disfraz que tenga  
cabeza de río.  
¡Mira qué orillas tengo de jacintos!  
Dejaré mi boca entre tus piernas,  
mi alma en fotografías y azucenas,  
y en las ondas oscuras de tu andar  
quiero, amor mío, amor mío, dejar,  
violín y sepulcro, las cintas del vals.





VALS EN LAS RAMAS

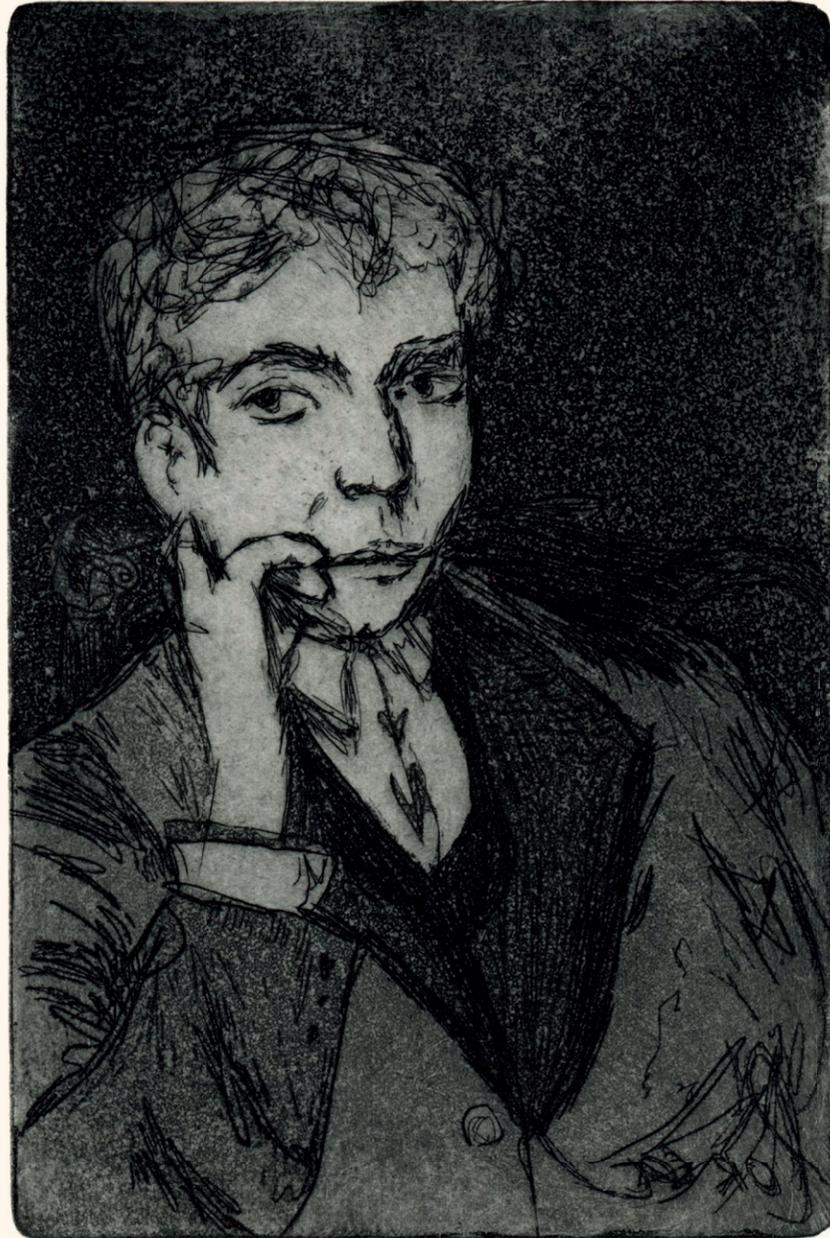
*Homenaje a Vicente Aleixandre  
por su poema «El vals»*

Cayó una hoja  
y dos  
y tres.  
Por la luna nadaba un pez.  
El agua duerme una hora  
y el mar blanco duerme cien.  
La dama  
estaba muerta en la rama.  
La monja  
cantaba dentro de la toronja.  
La niña  
iba por el pino a la piña.  
Y el pino  
buscaba la plumilla del trino.  
Pero el ruiseñor  
lloraba sus heridas alrededor.  
Y yo también,  
porque cayó una hoja  
y dos  
y tres.  
Y una cabeza de cristal  
y un violín de papel.  
y la nieve podría con el mundo  
si la nieve durmiera un mes,



y las ramas luchaban con el mundo,  
una a una,  
dos a dos,  
y tres a tres.  
¡Oh duro marfil de carnes invisibles!  
¡Oh golfo sin hormigas del amanecer!  
Con el muuu de las ramas,  
con el ay de las damas,  
con el croo de las ranas  
y el gloo amarillo de la miel.  
Llegará un torso de sombra  
coronado de laurel.  
Será el cielo para el viento  
duro como una pared  
y las ramas desgajadas  
se irán bailando con él.  
Una a una  
alrededor de la luna,  
dos a dos  
alrededor del sol,  
y tres a tres  
para que los marfiles se duerman bien.





*Lisboa*

X  
EL POETA LLEGA A LA HABANA

*A don Fernando Ortiz*



SON DE NEGROS EN CUBA

Cuando llegue la luna llena iré a Santiago de Cuba,  
iré a Santiago  
en un coche de agua negra.  
Iré a Santiago.  
Cantarán los techos de palmera.  
Iré a Santiago.  
Cuando la palma quiere ser cigüeña  
iré a Santiago.  
Y cuando quieres ser medusa el plátano  
iré a Santiago.  
Iré a Santiago  
con la rubia cabeza de Fonseca.  
Iré a Santiago.  
Y con el rosa de Romeo y Julieta  
iré a Santiago.  
Mar de papel y plata de moneda.  
Iré a Santiago.  
¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!  
Iré a Santiago.  
¡Oh cintura caliente y gota de madera!  
Iré a Santiago.  
Arpa de troncos vivos. Caimán. Flor de tabaco.  
Iré a Santiago.  
Siempre he dicho que yo iría a Santiago  
en un coche de agua negra.



Iré a Santiago.  
Brisa y alcohol en las ruedas.  
Iré a Santiago.  
Mi coral en la tiniebla.  
Iré a Santiago.  
El mar ahogado en la arena.  
Iré a Santiago.  
Calor blanco, fruta muerta.  
Iré a Santiago.  
¡Oh bovino frescor de cañaveras!  
¡Oh Cuba! ¡Oh curva de suspiro y barro!  
Iré a Santiago.



